

Martín Baña

RUSIA HOY

para entender el país que
la derecha y la izquierda
todavía miran con ojos
del siglo xx



 **siglo veintiuno**
editores

Martín Baña

RUSIA HOY

para entender el país que
la derecha y la izquierda
todavía miran con ojos
del siglo xx



Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Dedicatoria

Introducción. Rusia, nosotros y las emociones

1. Un fantasma deambula por Rusia

Rusia se reconvierte en una economía de mercado

El comunismo en el cambio del milenio

¿Qué hacer con el comunismo ruso?

2. Autoritarismos periféricos

La expansión capitalista y el surgimiento del zarismo

El autoritarismo soviético

¿Qué hacer con el autoritarismo ruso?

3. Lógicas imperiales

Nace un imperio terrestre y periférico

La construcción de un imperio antiimperialista

¿Qué hacer con el imperialismo ruso?

Epílogo. ¿Qué hacer con Rusia hoy?

Agradecimientos

Bibliografía

Martín Baña

RUSIA HOY

Para entender el país que la derecha y la izquierda todavía miran
con ojos del siglo XX



siglo veintiuno
editores

■

Martín, Baña

Rusia hoy / Martín Baña.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2025.

Libro digital, EPUB.- (Pasados que Insisten)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-438-8

1. Rusia. 2. Política Internacional. 3. Historia de Europa. I. Título.

CDD 320

■

© 2025, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de colección y de portada: Emmanuel Prado /
<manuprado.com>

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI
Editores Argentina

Primera edición en formato digital: abril de 2025

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-438-8

A la memoria de Yulia Ivanova (1986-2024)

Introducción

Rusia, nosotros y las emociones

Agustín Magaldi canta a Rusia

El éxito alcanzado en 1917 por Carlos Gardel luego de grabar “Mi noche triste” –el tango compuesto por Samuel Castriota y Pascual Contursi– generó una transformación significativa dentro de la música popular argentina. A partir de entonces, las estrofas breves e improvisadas dejaron paso a un texto desarrollado y argumentativo, de modo que la letra llegó a ser tan importante como la música. Este cambio estético “hizo necesaria la presencia de un nuevo personaje: el cantor. Los textos exigían intérpretes y hubo que improvisarlos”. [1] Agustín Magaldi fue uno de los primeros en capitalizar esa transformación y, gracias a su prestancia para la interpretación y su timbre de voz delicado, se volvió uno de los cantantes más relevantes de las décadas del veinte y del treinta del siglo pasado. Magaldi solía incluir en su repertorio tangos que tenían cierta conciencia social, algo tan poco usual para la época que se lo apodó como el “cantor de los desamparados”. [2] Pero también se destacó por su predilección por cantar –y componer– canciones cuyas letras referían a un país que por entonces resultaba tan lejano como exótico. Ese país era Rusia.

La primera referencia rusa dentro del repertorio de Magaldi es “Petruschka”, que el intérprete grabó el 23 de noviembre de 1932 para el sello RCA Victor. La música había sido compuesta por Francisco Pracánico y la letra, por la dupla conformada por Vicente G. Retta y Carlos V. Dumont. En la partitura, así como en la etiqueta del disco lanzado ese año, se aclara que se trata de una “canción rusa”, aunque la pieza en cuestión se acerca más a un foxtrot, ritmo de origen estadounidense por entonces de moda. [3] En la grabación, se notan referentes sonoros que intentan recrear el lugar donde se ambienta la historia: por un lado, los gritos del inicio y de la mitad de la pieza refuerzan la imagen de cosacos indómitos y, por el otro, el trémolo de las guitarras parece imitar el sonido de las balalaikas. Esto no era nuevo: en una versión instrumental grabada por la orquesta de Francisco Canaro en 1927 se puede escuchar un fragmento de la canción popular rusa “Ey,

ujnem!” –conocida en castellano como la “Canción de los barqueros del Volga”– originalmente recopilada y publicada por el compositor ruso Mily Balákirev en 1866, y popularizada por la grabación que hizo de ella el bajo Fiódor Shaliapin en 1922.[4]

Sin embargo, es en el texto donde queda expuesto con mayor fuerza la intención de transmitir un “color local” con la canción. Más allá de la trama –que refiere a la evocación de Petruschka por alguien que está ebrio–, lo significativo es que a lo largo de toda la letra se despliegan una serie de vocablos que remiten directamente a Rusia, como “troika valerosa”, “vodka” (término que aparece varias veces), “por la nieve, roja rosa” y “balalaikas me cantaron”, más algunos nombres propios, como el que da título a la canción pero también Vaschanko y Lukashka. Ese texto breve, pero repetitivo, se potencia con los efectos acústicos para recrear musicalmente el particular entorno ruso en el que se desarrolla la historia. Además, no es un dato menor que en la partitura se indique que la melodía debe cantarse con dolore.

Años después, Magaldi compondría la música para una letra que había escrito el periodista y dirigente gremial Manuel Ferradás Campos. La canción se llamó “Nieve...” y el cantor la estrenó en marzo de 1936 durante su debut como solista en Radio Splendid, ocasión en la cual fue bautizado “la voz sentimental de Buenos Aires”. [5] En varios listados, incluso en la partitura, [6] el tema aparece catalogado como “canción rusa”, [7] aunque su ritmo está más cerca de un pasodoble, danza de origen español. Se relata la historia de un prisionero que está listo para marchar hacia Siberia a cumplir con su condena y que llora la inevitable pérdida de su amada.

Nuevamente, lo más significativo dentro del texto es la abultada presencia de indicadores que remiten a una Rusia imaginada desde Buenos Aires: la mencionada Siberia, desde luego, pero también frases como “aunque siga cayendo la nieve”, “lobos que aúllan de hambre”, “por la estepa mil leguas haremos”, “es ruda la helada”, “Moscú está llena de nieve”, “la nieve ha llegado a mi alma” y un nombre propio como Olga. En la grabación que realizó Magaldi para RCA Victor en julio de 1936 se puede escuchar otro intento por parte de los instrumentistas de imitar el timbre de la balalaika

con el trémolo de las guitarras, lo que potencia el esfuerzo de recrear cierta atmósfera rusa.[8]

Entusiasmado por el devenir de su trayectoria como cantante solista y por el gran suceso de su repertorio, Magaldi mantuvo la predilección por la temática rusa; en 1938, volvió a componer la música para una letra alusiva escrita por Antonio Esteban Tello, su hermano por parte de madre. El tango se llamó “Triste destino” y la voz sentimental no pudo grabarlo ya que moriría el 8 de septiembre de ese año. La historia parece ser una segunda parte de “Nieve...”: el prisionero regresa “vencido” desde Siberia a Moscú luego de cumplir con su condena; al ver que su antigua vida se ha desmoronado, se dedica a llorar sus penas en una vieja taberna y a esperar la muerte. La letra apunta a remarcar su apesadumbrado estado de ánimo, con frases como “el alma herida y el corazón helado”, “mis ojos ya sin luz” y “mi pobre alma atormentada”. Aquí, nuevamente, sobresalen los marcadores que aluden a Rusia: “voy por las calles de Moscú, triste”, “la nieve me ha cegado”, “beberé vodka hasta matar / el frío cruel y maldito”, “triste responso de las balalaikas” y “rondan los lobos hambrientos”.

A diferencia de las canciones anteriores, este tango incluye un indicador acerca de la nueva realidad soviética cuando frasea “en tus murmullos ya no están, la inconfundible voz de Iván y otros queridos camaradas”. Allí el yo lírico hace una eventual referencia a las purgas y al terror desplegado por el nuevo poder estalinista a finales de la década de 1930. La música aparece catalogada en la partitura como “tango” y, en efecto, el ritmo aquí coincide con su clasificación.[9] Más allá de que la interpretación de Magaldi no llegó al disco, es notable cómo en la versión grabada en 1954 por la orquesta de Alfredo Gobbi –con la voz de Alfredo del Río– se refuerza el carácter ruso al dar inicio a la pieza con las primeras notas de “Dve Guitari”, famosa canción popular rusa que había sido arreglada por el pianista y compositor ítalo-británico Adalgiso Ferraris en los años treinta y que había circulado ampliamente por entonces. Si bien la inclusión de esa melodía poco tenía que ver en términos temáticos con la letra ni en términos musicales con la canción (de hecho, podría haberse utilizado cualquier otra), tampoco era relevante una elección precisa porque, como ocurría con las otras dos piezas, el objetivo era simplemente reforzar la

construcción imaginada de determinado espacio geográfico.

Además de estar ambientadas en Rusia, las tres canciones mencionadas comparten varios elementos: sus historias son desdichadas, sus protagonistas tienen vidas miserables y son alcohólicos o convictos, y el entorno inhóspito y lejano en el que se mueven está marcado por la omnipresencia del frío y de la nieve. En efecto, en esas piezas la construcción de una imagen pintoresquista de Rusia les debe más al estereotipo y a una lectura parcial de ciertas obras literarias que a una descripción basada en fuentes más variadas y de primera mano.

Esto no debería sorprender, ya que “los textos de la literatura rusa habitualmente eran valorados, sobre todo, por su supuesto reflejo de la realidad contemporánea”.[10] Por otra parte, era común en la época que letristas de tango tomaran a los escritores rusos como referencia. Por ejemplo, como indica el historiador Sergio Pujol, la nueva letrística de Enrique Santos Discépolo era deudora de los tormentos íntimos y de los antihéroes de Fiódor Dostoievsky.[11] El propio Ferradás Campos reconoció, con el tiempo, que su letra para “Nieve...” no era más que “una travesura propia del febril lector de Dostoievski y Gorki que había sido en su juventud de estudiante”. [12]

Este conjunto de canciones rusas cantadas o compuestas por Agustín Magaldi no es la única referencia de artefactos culturales que, desde la Argentina, tomaron como insumo de inspiración a Rusia. Solo por seguir con el tango, también están “Gitana Rusa”, de Juan Sánchez Gorio y Horacio Bastera, y “Rusita”, de Mario Nasso y César Vedani. Esa operación incluso puede verse reflejada en otros países latinoamericanos, como Brasil, donde también existe un conjunto de canciones populares que refieren al gigante euroasiático, como “Balalaica” (de Flaviola e o Bando do Sol) o “Maiakovski” (de João Bosco).[13] Más allá de todo esto, el caso de Magaldi es un buen ejemplo de cómo una selección arbitraria de insumos obtenidos gracias al acceso a determinadas producciones culturales puede producir una imagen parcial y reduccionista de Rusia. En este caso puntual, un panorama dominado por personajes desdichados y por un paisaje melancólico y sombrío.

Estereotipos y emociones

¿Qué imagen de Rusia se habría podido construir si los insumos hubieran omitido esa literatura y hubieran incluido, por ejemplo, las composiciones de Nikolay Rimsky-Kórsakov o las pinturas de Natalia Goncharova? Seguramente, una muy diferente, tal vez más colorida y vivaz. La idea de que Rusia es una suerte de frasco vacío que cada cual puede llenar como quiere de acuerdo con sus consumos culturales –que se mezclan con estereotipos y proyecciones emotivas– no es un fenómeno exclusivo del siglo XX ni tampoco una cuestión restringida a la música popular argentina. Desde el siglo XVIII, viajeros y diplomáticos europeos –como Joseph de Maistre y el Marqués de Custine, por ejemplo– forjaron visiones distorsionadas del Imperio Ruso a través de sus cartas, diarios y memorias.

El mismo fenómeno se puede ver en los traductores literarios del siglo XIX: ocurrió, por ejemplo, con *Las almas muertas*, la sátira sobre la Rusia previa a la emancipación de los siervos que el escritor ruso Nikolay Gógol había publicado en 1842. La obra narra la historia de un empleado –Pável Chíchikov– que recorre el territorio ruso para comprar “almas” –como se les decía a los campesinos siervos– muertas con el objetivo de aumentar su posición social a un bajo costo. Como sucede con el género satírico, varios elementos de la sociedad rusa de entonces –la corrupción y la codicia, entre otros– aparecen allí descriptos de manera burlesca y exagerada.

En 1854 el libro se editó en inglés, pero el traductor convirtió el título original en el desvirtuado *Home Life in Russia* (*La vida doméstica en Rusia*). Prejuicio mediante, una joya literaria que criticaba a la servidumbre se había transformado en un condenatorio tratado etnográfico. Algo similar sucedió con la novela *Un héroe de nuestro tiempo* (1840), en que Mijaíl Lermontov retrató de manera magistral la figura del “hombre superfluo”, aquel sujeto que tenía talento y disponía de medios materiales pero que, sin embargo, dejaba que su vida naufragase en el tedio y el abandono. El protagonista, Grigori Pechorin, era el

reflejo de una generación que quedó condenada a esa vida superficial como consecuencia del entorno en el cual se encontraba: la sociedad servil del zarismo. A pesar de que el libro apuntaba a realizar una crítica social desde la literatura, la versión en inglés se publicó en 1853 bajo el reduccionista título de *Sketches of Russian Life in the Caucasus* (Escenas de la vida rusa en el Cáucaso).[14]

El triunfo del comunismo en 1917 y el auge de la Guerra Fría ya en pleno siglo XX no hicieron más que aumentar el número de intervenciones que apuntaron a distorsionar y, de paso, exotizar la visión que se tenía sobre Rusia más allá de sus fronteras. El político británico Winston Churchill supo condensar ingeniosamente esa operación cuando en una intervención radial de 1939 expresó que Rusia era “un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma”.

Como explican los investigadores Catriona Kelly y David Shepherd,

todavía existe una convicción de que es posible encapsular la esencia de ese país y exponerla en una formulación aforística. [...] Argumentos de este tipo serían poco respetados si se aplicaran a la historia francesa, alemana, británica o estadounidense; sin embargo, parecen peculiarmente seductores en lo que respecta a la historia rusa.[15]

En varias ocasiones, esa operación esencialista supo corporizarse y expandirse a través de la idea del alma rusa, un supuesto núcleo inmemorial e inmodificable capaz de explicar la totalidad de los procesos políticos, sociales y culturales de Rusia, y cuyo vehículo privilegiado de expresión era la literatura.[16]

Si muchas veces nuestro acercamiento y la imagen que construimos de Rusia están dominados por una visión esencialista de su historia y su cultura, eso se debe a una combinación de posicionamientos políticos y condicionantes culturales –como el idioma y el acceso a información de primera mano–, los cuales, a su vez, están determinados por factores históricos y coyunturales. Con todo,

existen otros aspectos relacionados con esta cuestión que, aunque no siempre se evidencian, también ocupan un lugar de importancia en las construcciones sociales de sentido, como la dimensión emocional.

Según sostienen las investigadoras María Bjerg y Sandra Gayol, “lejos de constituir expresiones de la irracionalidad o de ser simples datos de color, las emociones son constitutivas de la vida social”.

[17] El hecho de que sean “objetos de pesquisa fluidos y con sentidos cambiantes, que no siempre se dejan ver con claridad en las fuentes” no minimiza su importancia. Por el contrario, nos obliga a indagar sus alcances y a explorar el modo en que la inclusión de esa faceta nos puede ayudar a complejizar aún más la comprensión de la realidad social. Como sintetizan las autoras mencionadas,

ya no se sostiene la idea de una esfera pública o de procesos políticos incontaminados de emociones, solo racionales y basados en el autocontrol de sus actores. Reponer la emocionalidad de la esfera pública [...] permite pensar de otro modo la relación entre poder e ideología.[18]

Esta estrategia, a su vez, permite profundizar y examinar de manera más valiosa el vocabulario político.[19] Como repertorio de sentimientos y conductas que implican la expresión de juicios y valores, las emociones suponen una forma de pensamiento y, por lo tanto, “también son capaces de estructurar, e incluso definir, la política nacional o internacional”. [20] Nuestro vínculo con Rusia no está lejos de esta situación, ya que muchas veces inciden factores emocionales que, en el intento por recuperar o reivindicar un legado pasado, intervienen de manera activa las representaciones del presente, como sucede con el caso del comunismo, atado inevitablemente a la historia rusa del siglo XX. En ese sentido, ya que las emociones “son culturalmente específicas y se transforman, e incluso desaparecen con el tiempo”, [21] es necesario tener en cuenta la especificidad de sus significados en la esfera pública si queremos determinar la influencia que ejercen, pese a sus propias

mutaciones, en la vida cotidiana.

¿Finalizó el siglo XX?

La dimensión emocional, sin embargo, no es la única que intercede como elemento ordenador de nuestra relación con la historia y la cultura de Rusia. También intervienen en esta operación algunas categorías de análisis heredadas del siglo XX. En un trabajo ya clásico, el historiador británico Eric Hobsbawm caracterizó esa centuria como un “siglo corto”, habida cuenta de que sus límites temporales estarían definidos por el inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914 y por la disolución de la Unión Soviética, en 1991. [22] Sin embargo, es sintomático que cada vez que acontece un evento de impacto a escala global –como el atentado a las Torres Gemelas en 2001, por ejemplo– reaparezca la pregunta de si efectivamente ese período finalizó. No solo porque se pone en discusión la arbitraria clasificación cronológica de Hobsbawm, sino también porque queda en evidencia cuánto nos cuesta alejarnos de ese siglo y de su perspectiva ordenadora del mundo. En efecto, cuando analizamos el modo en el que nos acercamos a Rusia, especialmente cuando se pone en juego una evaluación política y geoestratégica, notamos que sigue presente un fenómeno crucial del siglo pasado como la Guerra Fría.

De acuerdo con la caracterización del historiador Odd Arne Westad, la importancia de la Guerra Fría reside en que fue una

confrontación entre el capitalismo y el socialismo que alcanzó su punto álgido entre 1945 y 1989 [y que] en su apogeo llegó a constituir un sistema internacional, en el sentido de que las principales potencias del mundo basaban su política exterior en algún tipo de relación con ella.[23]

Esa contienda estaba liderada por los dos países que encarnaban a esos sistemas: los Estados Unidos y la Unión Soviética, respectivamente. A pesar de que el enfrentamiento directo entre las dos superpotencias nunca ocurrió y que Europa no repitió la escena de las dos guerras mundiales, la “amenaza nuclear”, el mantenimiento de “zonas de influencia” y los episodios bélicos menores que se desarrollaron en otras zonas del mundo hicieron que, por momentos, se alimentara el imaginario de una catástrofe inminente en la mayoría de los habitantes de la Tierra durante la segunda mitad del siglo XX.

La Guerra Fría fue un enfrentamiento de

carácter multidimensional, que abarcó todos los aspectos de la vida social y humana: al conflicto militar se le unió el choque de intereses económico-comerciales y tecnológico-científicos y la competencia en los ámbitos político-ideológico, social y cultural en el mundo entero, e incluso en el espacio exterior, por vía de la carrera espacial.[24]

Sin dudas, el aspecto ideológico ocupó un lugar de importancia, en el sentido de que cada uno de los dos mayores contendientes encarnaba un proyecto de futuro y pretendía extenderlo a escala planetaria con el objetivo de ordenar las vidas humanas de acuerdo con esa visión. De esa manera, el conflicto, aún en latencia, influyó en el modo en el que la mayoría de las personas pensó su presente y construyó la imagen de los países involucrados. “Imperio del Mal”, “Occidente”, “la nación más avanzada del mundo” o “mundo libre”, para solo citar algunos ejemplos, fueron categorías construidas a partir de la ideología más que de los análisis empíricos y, sin embargo, se diseminaron como conceptos interpretativos nodales. [25] De hecho, las relaciones internacionales comenzaron a medirse de acuerdo con un patrón en que “las creencias tendían a lo absoluto: el único sistema bueno era el de uno. El otro sistema era intrínsecamente maligno. Gran parte del legado de la Guerra Fría se centra en este tipo de absolutos”. [26]

Ahora bien, la Guerra Fría tuvo un principio, pero también un final, con lo cual las perspectivas que adoptaba para entender el mundo supuestamente habrían dejado de existir en 1991. Sin embargo, todavía hoy se hacen sentir con fuerza las categorías heredadas de ese conflicto, no solo en el análisis de las relaciones internacionales, sino también –y sobre todo– en el modo en el cual nos dirigimos a Rusia, aunque ese país, y el mundo entero, cambiaron notablemente tras la disolución de la Unión Soviética. La pregunta, entonces, no es si efectivamente el siglo XX terminó, sino en qué medida seguimos anclados mentalmente en sus coordenadas para entender las realidades del siglo XXI.

Nosotros y Rusia

Como vimos, nuestro vínculo con Rusia y el modo en el que nos formamos un juicio y una interpretación sobre ella están atravesados no solo por una idealización de esa entidad legal e histórica que deja de lado sus complejidades y contradicciones, sino también por el impacto de las emociones, lo que no pocas veces lleva a confundir –de manera poco feliz– las decisiones de su dirigencia con una población tan heterogénea cultural y políticamente como desigual en términos económicos. Así, la adhesión incondicional a ese país –o su contrario, el desprecio absoluto por él– no tiene que ver con el desarrollo de un sistema cerrado de ideas o con el mantenimiento de una coherencia ideológica y política, sino con un ánimo que en su trayectoria suele tocar fibras íntimas y retrotraernos a otras vivencias o a otras estructuras de sentimientos, como son los recuerdos de la época comunista.

Esa experiencia histórica contribuye a que nuestra relación con Rusia esté distorsionada y atravesada por categorías analíticas heredadas del pasado –principalmente de la Guerra Fría– que simplifican la realidad actual al reproducir una visión dicotómica del mundo. Incluso en esa época, la realidad soviética era más compleja y contenía muchos más matices de los que la

temporalidad del comunismo quería aceptar.[27] De hecho, la “ideología soviética (es decir, la visión que el Kremlin tenía sobre el mundo y el lugar soviético en él, y las prescripciones asociadas) cambiaba continuamente, incluso si el canon marxista-leninista permanecía igual por mucho tiempo”.[28] Esto también vale para el siglo XXI, en el que un nuevo enfrentamiento entre Rusia y esa vaga unidad llamada “Occidente” no supone necesariamente la repetición de un patrón anclado en el siglo XX.

Algunos eventos de los últimos tiempos, como la disolución misma de la Unión Soviética al finalizar el siglo pasado, el anuncio del registro de la primera vacuna para combatir el covid-19 en 2020 y, especialmente, la más reciente invasión a Ucrania iniciada en 2022 –que incluso puede remontarse a 2014 cuando el Kremlin decidió unilateralmente la anexión de la península de Crimea, que hasta entonces formaba parte del territorio ucraniano–, no solo nos recuerdan la histórica relevancia de Rusia a escala planetaria, sino que también nos obligan a repensar nuestra relación con ella. Muchas veces, en función de las orientaciones políticas, los influjos emocionales y las categorías analíticas heredadas, es posible construir una imagen diseñada à la carte que conduce a la formulación de paradojas, como la idea de que Rusia es un país comunista o de que Vladímir Putin es un líder antiimperialista.

En nuestros días, la izquierda, en particular, no sabe muy bien qué hacer con el pasado comunista que convive con el presente capitalista; tiende a hacer un uso selectivo y forzado para justificar, sobre todo, análisis y posicionamientos geopolíticos en el nivel internacional (como la defensa incondicional de ciertas acciones decididas por el Kremlin). A pesar de que la reivindicación que esa corriente política puede hacer de Rusia tiene que ver con un sentimiento nacido de una esperanza colectiva que perdura en la memoria –inevitablemente identificada con ese país– y no con una predisposición genética hacia lo autoritario, actualmente ese legado funciona más como un lastre que como un insumo para pensar la emancipación social.

Pero el malentendido alcanza también a la derecha, sobre todo cuando se confunde el pasado del país con su presente y se utiliza esa operación para hacer de una experiencia tan rica como

compleja una etiqueta que puede servir como descalificativo político como ocurrió, por ejemplo, cuando el presidente Javier Milei optó por calificar al diario Página/12 como “Pravda/12” –en referencia al periódico oficial del Partido Comunista de la URSS– en un intento por desvalorizarlo. (El diario no se quedó atrás y al día siguiente respondió con una tapa alusiva y burlesca).[29] Rusia es un país que en función de su compleja historia suele desorientar a esos dos polos del arco político.

¿Qué hacer, entonces? ¿Cómo entender Rusia hoy? El interrogante entraña un juego libre e impertinente con una de las preguntas malditas (*proklyatye voprosy*) más destacadas de la historia cultural y política rusa: precisamente “¿qué hacer?” (*chto delat?*). Esa condición maldita se debe a que, en apariencia, su respuesta es evasiva e irresoluble, a pesar del espesor que contiene el enunciado. A lo largo de los siglos XIX y XX, el intento por resolverla motivó una extensa y fascinante lista de textos publicados cuyos autores eligieron esa lacónica interrogación para titularlos.

Tal vez el más conocido sea el de Lenin, publicado en 1902.[30] Pero antes y después hubo otros, tanto obras de ficción como textos programáticos. El teórico del populismo –nombre que adoptó el socialismo ruso en sus orígenes– Nikolay Chernyshevsky había escrito en 1862 un ¿Qué hacer? que ejercería una enorme influencia en el movimiento revolucionario ruso y particularmente en Lenin. [31] El anarquista Piotr Kropotkin también publicó en 1906 su ¿Qué hacer? –en forma de folleto– y hasta el afamado escritor Lev Tolstoy había escrito el suyo propio en 1886 señalando, entre otras cosas, las raíces bíblicas de esa pregunta.[32]

El objetivo de todos estos textos, y de los muchos otros que se publicaron en ese extenso período, era doble: por un lado, ayudar a pensar el ordenamiento político y social contemporáneo y, por el otro, intentar proponer alguna alternativa superadora. Decidí retomar esa pregunta porque, salvando las enormes distancias, querría recuperar ese espíritu crítico para reflexionar sobre el modo en el cual pensamos y nos vinculamos con Rusia hoy en día desde una mirada externa, que se ubica en el Sur Global.

Estas páginas parten de una constatación, que en cierto modo recapitula lo recién expuesto y puede constituir una hipótesis: tanto

las posiciones a favor de Rusia como las que están en contra se pueden explicar, en gran parte, por el impacto que la dimensión emocional y las categorías heredadas de la Guerra Fría proyectan sobre los juicios que nos formamos sobre Rusia, y tienden a presentar perspectivas que no siempre se adecuan a sus complejas y heterogéneas realidades. El genuino interés surgido en la Argentina por Rusia durante gran parte del siglo XX y el actual –interés que forma parte de un movimiento global– se debe en gran medida al comunismo, cuya referencia geográfica quedó atada a ese país, aunque ese sistema ya no exista más allí, y hayan habido –y aún haya– países autoproclamados comunistas.

Como en los tangos cantados y compuestos por Agustín Magaldi, la Rusia que emerge de estas construcciones es más resultado de una operación afectada por reduccionismos analíticos y estereotipos emocionales que de una descripción compleja y precisa de la realidad, aunque hoy en día los medios para acercarnos a aquel país son mucho más accesibles y confiables que los que estaban disponibles a comienzos del siglo XX. En este sentido, con el objetivo de aportar elementos que colaboren con una comprensión más compleja y nos ayuden a calibrar la relación que establecemos con Rusia, más allá de los estereotipos y esencialismos vinculados con el comunismo, el libro recupera algunas preocupaciones a raíz del impacto global del gigante euroasiático que impulsaron mi trabajo de los últimos años. La propuesta aspira a dejar de lado los obstáculos que se interponen en el rescate del legado comunista – este se pone de manifiesto muchas veces en la forma de una reivindicación acrítica desde la izquierda o de una recuperación despolitizada y nacionalista desde la derecha–, y así estimular una revisión de esa experiencia que ayude a pensar las formas que asumiría una sociedad emancipada.

El libro, entonces, aborda tres cuestiones fundamentales que surgen con fuerza cada vez que invocamos a Rusia, y que son las que suelen generar más confusiones en la actualidad, tanto desde un enfoque de izquierda como uno de derecha: el comunismo, el autoritarismo y el imperialismo. Para eso, retomaremos algunos elementos del pasado que todavía se proyectan sobre el presente y los analizaremos junto con los debates académicos sobre su actualidad y las intervenciones públicas de los diferentes actores

involucrados. Cabe aclarar que en todos estos casos no encararemos la condición de lo ruso como la expresión de una esencia inmodificable producto de un desarrollo orgánico, sino como el resultado histórico de una interacción entre ese territorio que hoy llamamos Rusia y el sistema mundial. Como sostiene Ezequiel Adamovsky,

las historias posteurocéntricas necesitan analizar las maneras conflictivas en las cuales las diferentes áreas del mundo y los diferentes grupos humanos se incorporaron a la modernidad capitalista, y la interconexión de las diferentes configuraciones sociales producidas como parte de ese proceso. Hay que echar luz sobre la relación simbiótica oculta entre las formas “normales” de las áreas exitosas y las formas “híbridas” de la periferia. En otras palabras, en vez de “economía rusa”, “cultura rusa” o incluso “historia rusa”, necesitamos estudiar las configuraciones particulares de la soberanía política (mundial), la economía (mundial), la cultura (mundial), en suma, la sociedad (mundial) que moldeó al espacio conocido como “Rusia” y fue moldeada por él.
[33]

En el primer capítulo, abordaremos la compleja relación entre Rusia y el comunismo, en busca de entender el modo en el cual se procesa su legado no solo en ese país capitalista, sino también en la Argentina. En el segundo, nos adentraremos en la larga historia de los gobiernos autoritarios que existieron tanto en Rusia como en la Unión Soviética para intentar comprender y discutir la actual deriva dictatorial de Vladímir Putin. Por último, en el tercero, analizaremos la tradición imperialista rusa y soviética para dilucidar los puntos de contacto entre ella y el actual accionar geopolítico del Kremlin que incluye, entre otros movimientos, la invasión de Ucrania iniciada en 2022.

Como veremos, estos factores son significativos no solo para repensar nuestro entendimiento sobre Rusia, sino también para interpretar de manera más compleja el mundo actual y nuestro lugar en él.

Nota sobre la transliteración y la traducción

Para los términos en ruso, intenté adaptar de la manera más exacta posible las letras del alfabeto cirílico al latino. Si se encuentra alguna incongruencia, es porque opté por no alterar las transliteraciones originales de la bibliografía y las fuentes aquí citadas (así ocurre con “Dostoievski/Dostoievsky”, por ejemplo) y porque decidí incluir sin modificar los usos ya aceptados tradicionalmente en la lengua castellana (como sucede con la palabra “zar”). Por otra parte, las eventuales traducciones de la bibliografía y las fuentes en otros idiomas fueron realizadas por mí, salvo que se indique lo contrario.

■

[1] Horacio Salas, *El tango*, Buenos Aires, Planeta, 1995, p. 208.

[2] Matthew B. Karush, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013, p. 138.

[3] Francisco Pracánico, Vicente G. Retta y Carlos V. Dumont, Petruschka, Buenos Aires, Editorial Musical Alfredo Perrotti, s.f.; *Discography of American Historical Recordings*, entrada “Victor Matrix BAVE-66.958. Petruschka / Agustín Magaldi”, <n9.cl/qi29m>.

[4] E. Gippius, “Iz istorii narodnyj pesen ‘Ey, ujnem’ i ‘Dubinushka’”, *Muzikalnaia Akademia*, 9(178), 1953, pp. 53-61.

[5] Irene Amuchástegui, Agustín Magaldi. *La biografía*, Buenos Aires, Aguilar, 1998, p. 156.

[6] Agustín Magaldi y Manuel Ferradás Campos, *Nieve...*, Buenos Aires, Ediciones Musicales Román Gómez, 1961.

[7] Nélide Lomónaco de Fionda, Agustín Magaldi. Su alma hecha canción, Buenos Aires, Corregidor, 2009, p. 200.

[8] Discography of American Historical Recordings, entrada “Victor matrix BAVE-93.244. Nieve / Agustín Magaldi”, <n9.cl/ed780>.

[9] Agustín Magaldi y Antonio E. Tello, Triste destino, Buenos Aires, Julio Korn, 1955.

[10] Catriona Kelly y David Shepherd (eds.), Constructing Russian Culture in the Age of Revolution: 1881-1940, Oxford, Oxford University Press, 1998, p. 1.

[11] Sergio Pujol, Discépolo. Una biografía argentina, Buenos Aires, Emecé, 1996, pp. 103 y 153.

[12] Amuchástegui, ob. cit., p. 157.

[13] Ver Karina Vilela Vilara, “Circuladô de fudô: Maiakóvski no imaginário da música popular brasileira e suas implicações tradutórias”, en Actas de la Cuarta Jornada Internacional de Estudios Eslavos, Buenos Aires, 2024, pp. 30-36.

[14] Ver Rachel May, The Translator in the Text. On Reading Russian Literature in English, Evanston, Northwestern University Press, 1994, p. 15.

[15] Catriona Kelly y David Shepherd (eds.), Russian Cultural Studies. An Introduction, Oxford, Oxford University Press, 1998, p. 1.

[16] Ver, por ejemplo, Bengt Jangfeldt, La idea de Rusia, Madrid, Alianza, 2024.

[17] María Bjerg y Sandra Gayol, “Presentación Dossier: ‘Historia de las Emociones y Emociones con historia’”, Anuario del Instituto de Historia Argentina, 20(1), 2020.

[18] Íd.

[19] Jan Plamper, The History of Emotions. An Introduction, Oxford, Oxford University Press, 2021, p. 280.

[20] Mónica Inés Bartolucci, “La emoción místico-patriótica de derechas e izquierdas revolucionarias. Memorias y discursos de Juan Francisco Guevara y Raimundo Ongaro, 1970”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 20(1), 2020.

[21] María Bjerg, “Una genealogía de la historia de la emociones”, *Quinto Sol. Revista de Historia*, 23(1), 2019, pp. 4 y 12.

[22] Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 15.

[23] Odd Arne Westad, *La Guerra Fría. Una historia mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, pp. 7-8.

[24] José Manuel Sáenz Rotko y Carlos Sanz Díaz, “Revisiting Cold War Concepts and Interpretations: The State of the Art Among the Echoes of a New Cold War”, *Varia Historia*, 38(78), 2022, p. 978.

[25] Ver Richard Ned Lebow, “Social Science, History, and the Cold War: Pushing the Conceptual Envelope”, en Odd Arne Westad (ed.), *Reviewing the Cold War. Approaches, Interpretations, Theories*, Londres, Routledge, 2000, p. 106.

[26] Westad, *La Guerra Fría*, ob. cit., p. 8.

[27] Ver Julie Deschepper, Antony Kalashnikov y Federica Rossi (eds.), *Time and Material Culture. Rethinking Soviet Temporalities*, Londres, Routledge, 2025, pp. 5-6.

[28] Sergey Radchenko, *To Run the World. The Kremlin's Cold War Bid for Global Power*, Cambridge, Cambridge University Press, 2024, p. 14.

[29] Ver Página/12, 16/10/2024, pp. 2-3.

[30] V. I. Lenin, ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento, en *Obras escogidas en 3 tomos*, Moscú, Editorial en Lenguas Extranjeras, s.f., t. 1, pp. 123-290.

[31] Nikolay Chernyshevsky, ¿Qué hacer? Relatos sobre la gente nueva, Moscú, Editorial en Lenguas Extranjeras, s.f.

[32] Piotr Kropotkin, *Chto delat? (k molodiozhi)*, Rostov del Don, Donskaia rech, 1906; Lev Tolstoy, “Tak chto zhe nam delat”, en *Polnoe sobranie sochinenii*, Moscú, Judozhestvennaia literatura, t. 25, 1937, pp. 182-411 [ed. cast.: Conde León Tolstoy, *Lo que debe hacerse*, Barcelona, “Hispania”, s.f.].

[33] Ezequiel Adamovsky, “Russian Cultura under the French Gaze: Stigma, Civilization, and Violence (Hypotheses for a non-Eurocentric Account of Some Aspects of Russia’s Intelectual Tradition)”, en Douglas Clayton (ed.), *La Russie et le monde francophone*, Ottawa, Université d’Ottawa, 2007, p. 116.

1. Un fantasma deambula por Rusia



Comenzaba 2020 y la mayoría de nosotros estábamos encerrados por la pandemia del covid-19. La incertidumbre y la desazón crecían con el paso de las semanas y los sucesivos recuentos de infectados, las muertes informadas y la imposibilidad de una solución en el corto plazo. Sin embargo, hacia el mes de agosto se conoció la noticia de que en Rusia había sido registrada la primera vacuna para combatir la enfermedad. La esperanza renacía. El vuelo realizado en diciembre de ese año por el A-330 de Aerolíneas Argentinas con destino a Moscú para buscar las primeras dosis fue acompañado con algarabía y hasta cierta épica. A medida que la vacuna se iba distribuyendo por el país empezaron a verse –sobre todo en redes sociales– mensajes alentadores, memes de lo más variados y hasta selfies con el cartón que certificaba la aplicación de la Sputnik V. Algunos, a modo de broma, mencionaban que la dosis era tan efectiva que habían comenzado a hablar en ruso. Otros, en tono más serio, celebraban la vacuna como si fuera una cucarda más que el Kremlin se colgaba en su histórica lucha contra los Estados Unidos y Occidente.

A la par de las expresiones de alegría, surgieron manifestaciones de rechazo. Muy pronto, en diversos medios de comunicación de la Argentina –pero también en redes sociales, charlas familiares y declaraciones de dirigentes políticos– comenzó a circular la idea de que se trataba de una solución de “dudosa procedencia”. No solo porque para entonces aún no se habían finalizado los ensayos de la tercera fase, sino también –y sobre todo– porque provenía de un país al que muchos seguían asociando con su pasado reciente. Frases como “la vacuna no es segura”, “me van a aplicar un chip para controlarme” o “nos van a inyectar el comunismo” fueron dichas o escritas incluso sin contar con los resultados de los testeos preliminares.[34] Para colmo, el nombre elegido para bautizarla –Sputnik– hacía referencia al satélite artificial pionero lanzado al espacio por la Unión Soviética en 1957, en plena Guerra Fría.

Tanta fue la fuerza con la que circuló el prejuicio que un alto funcionario del gobierno de la provincia de Buenos Aires tuvo que salir a aclarar lo obvio: que la compra de la vacuna no significaba “un paso hacia el comunismo”. [35] Eso no bastó para evitar que, al

año siguiente, cuando todavía regían algunas restricciones y seguía vigente la campaña de vacunación, una importante dirigente política sostuviera que Rusia estaba insertándose en el territorio por vía de

la vieja KGB que entró por Cuba. Incluso el viejo PC [Partido Comunista] que financiaba las guerrillas en América Latina ahora empieza de nuevo, a través de Cuba, de Venezuela, Ecuador y todas estas dictaduras pseudosocialistas o semidemocracias, a tomar geopolíticamente parte del continente.[36]

Ya en 2022, un artículo periodístico no tuvo reparos en calificar el acercamiento entre Vladímir Putin y el entonces presidente Alberto Fernández –que a su vez deseaba que la Argentina fuera “la puerta de entrada de Rusia en Latinoamérica”– como un “delirante entreguismo al neocomunismo zarista encarnado por el ex agente de la KGB”. [37]

En otros países de América Latina hubo algunas reacciones similares a las que se observaron en la Argentina. En Brasil, por ejemplo, el gobierno de Jair Bolsonaro decidió rechazar la vacuna por motivos parecidos a los que se esgrimían aquí; eso valió un posteo en la cuenta oficial de X de la vacuna, que sostenía que ese rechazo era “de naturaleza política y nada tiene que ver con el acceso a la información o la ciencia”. En Chile, la Sputnik solo se aprobó –en situación de emergencia– en 2021, como consecuencia de que Pfizer no estaba entregando dosis, y luego de que fuera obligada a estrictos controles por parte de los científicos locales.

Todavía hoy, ya transcurridos más de treinta años desde la disolución de la Unión Soviética y el fin del proyecto comunista, con relación a Rusia se siguen generando malentendidos y reproduciendo reflejos emocionales de antaño, transmutados en alineamientos o rechazos geopolíticos. En septiembre de 2023, el actual presidente de la Argentina y por entonces candidato, Javier Milei, declaró en una entrevista al periodista estadounidense Tucker Carlson que “no voy a hacer negocios con ningún comunista. Soy un

defensor de la libertad, de la paz y de la democracia. Los comunistas no entran ahí. [...] Putin no entra ahí”. En esa misma entrevista, llegó a afirmar, con tono despectivo, que el papa Francisco tenía “afinidad por los comunistas asesinos”. Y se puede continuar con el ejemplo brasileño: el propio Bolsonaro llegó a comparar al comunismo con el nazismo.[38]

Estas últimas intervenciones son significativas ya que no solo siguen considerando a Rusia dentro de una eventual esfera comunista, sino que también emplean ese adjetivo como una suerte de insulto, dando lugar a un fenómeno político que puede servir tanto para invalidar los valores del comunismo y también la participación de quien los profese en determinada comunidad política. Como sostiene la historiadora Mercedes López Cantera, “las ideas anticomunistas, aunque apuntaran contra diversas identidades políticas, buscaron descalificar, contener y anular aquellas expresiones que podían fisurar –en mayor o menor medida– las bases del statu quo”.[39]

Sin embargo, esos modos de objetar políticamente al otro expresados en el anticomunismo no son algo nuevo para la Argentina, que registra sus primeras expresiones ya en 1917, con el triunfo de la Revolución Rusa. En ese sentido, según López Cantera, no es necesario esperar hasta la segunda mitad del siglo XX para notar el inicio de una caracterización del enemigo interno sobre la base del “problema rojo”. Podemos agregar que tampoco es posible fechar el fin de ese fenómeno con la disolución de la Unión Soviética en 1991. Si las ideas anticomunistas “buscan la impugnación de un grupo de valores y prácticas políticas en pos de legitimar otras”,[40] apelar a la existencia actual de una Rusia comunista y utilizar un “lenguaje y un tono para referirse a los opositores políticos y al pasado reciente, que emulan con notable lealtad y renovada vehemencia las voces más bárbaras de la represión”[41] puede servir para reforzar en varios sectores de la sociedad la idea de que para la Argentina y para el resto del mundo solo existe un camino capitalista. Como sintetizan los investigadores Ernesto Bohoslavsky y Marina Franco, “el anticomunismo tuvo –y parece tener aún– un lugar mucho más significativo en la escena política nacional de lo que en general se asume”.[42]

Todo lo dicho es representativo del malentendido que todavía hay respecto del vínculo entre Rusia y el comunismo; este factor – atravesado siempre por la dimensión emocional o por la herencia analítica de la Guerra Fría– puede jugar un rol importante dentro de los imaginarios políticos locales. Para muchos, el gigante euroasiático sigue siendo –o al menos le cuesta dejar de ser– la tierra de la dictadura del proletariado y de la economía estatizada; así, los intentos por acercarse a ella llevarían a nuestro país por rumbos erráticos e indeseados y, por lo tanto, habría que evitarlos. Para otros, y precisamente por ser Rusia la heredera de la experiencia comunista, merecería un apoyo incondicional, en cuestiones geopolíticas o hasta incluso en competencias deportivas.

Como intentaremos argumentar en este capítulo, la Rusia actual dista de ser comunista, aunque el vínculo con su historia no está del todo saldado. Exploraremos brevemente el pasado reciente para dejar en claro que los cambios ocurridos luego de la disolución de la Unión Soviética convirtieron a Rusia en un país donde las relaciones sociales están estructuradas alrededor de la propiedad privada y el mercado, y donde se da una integración, no sin conflictos, al proceso de acumulación capitalista global. Luego explicaremos cómo el gobierno ruso lidia con la herencia simbólica del comunismo desde hace más de treinta años y cómo lleva adelante un proceso que oscila entre el olvido activo y la recuperación despolitizada. Por último, y en función de los malentendidos que se generan aquí respecto de esa historia reciente, procuraremos demostrar que ese legado puede recuperarse de un modo creativo y productivo que nos permita repensar nuestro vínculo con ese país e imaginar otros futuros posibles.

Rusia se reconvierte en una economía de mercado

Luego de que se disolviera la Unión Soviética a fines de 1991, Rusia dejó de ser un país pretendidamente comunista –por lo menos, desde su propia perspectiva– y, enseguida, se convirtió al capitalismo. Los cambios en los sistemas sociales no suelen ocurrir de un día para otro, pero el caso ruso es un buen ejemplo de la celeridad con la que excepcionalmente se pueden producir.

Hasta entonces, sin llegar a ser en sentido estricto una economía comunista, la URSS había logrado erigir un sistema alternativo al capitalismo. El Estado soviético, y no el mercado, era el principal asignador de los recursos de la sociedad; pese a los problemas y las falencias crónicas que esa forma de organización económica fue acumulando con el tiempo, fue capaz de garantizar a su población el acceso a bienes y servicios esenciales como la vivienda, el trabajo, la salud y la educación.[43]

Entre los cambios económicos que trajo el capitalismo, un conjunto de medidas contrastó radicalmente con el funcionamiento de la época soviética: despenalización del comercio privado, liberalización de precios, privatización de los activos públicos (que en este caso incluía a la casi totalidad de las propiedades), apertura del comercio exterior y libre circulación de capitales. Los efectos de estas políticas se hicieron sentir de inmediato en la población, sobre todo al entramarse una fatídica combinación de baja de salarios, inflación y desempleo que colocó a la mayoría de los rusos en una situación de precariedad material. Fue una catástrofe humana. En el lapso de muy pocos años, disminuyó la expectativa de vida, se propagaron enfermedades vinculadas a la pobreza, como la tuberculosis, aumentaron el alcoholismo y la tasa de suicidios, y tantas otras facetas perniciosas.

Otra consecuencia de este proceso fue una notable concentración de la riqueza. La década de 1990 significó un corto pero intenso período de “acumulación primitiva” capitalista para la nueva élite

rusa, que cimentó desde allí su posición de clase. Lo paradójico es que quienes se beneficiaron fueron los antiguos dirigentes soviéticos, los directores de fábricas y otros sujetos bien ubicados dentro del entramado oficial que pudieron aprovechar sus lugares de privilegio, su manejo discrecional de información y sus contactos para obtener grandes ventajas rapiñando los bienes del Estado.[44] De esa reconversión pacífica nacería la nueva clase dominante, conocida como oligarcas o nuevos rusos, cuyas ganancias no fueron en su mayoría reinvertidas en el país, sino que se fugaron hacia el extranjero.

Para la mayoría de la población, esa situación contrastaba bastante con la relativa y austera –aunque no mísera– estabilidad de la vida cotidiana soviética con la cual habían podido contar hasta la omnipresente aparición del mercado. Lo sintetiza Vadím Baranov, el personaje de ficción –pero no tanto– ideado por Giuliano da Empoli para su novela *El mago del Kremlin*:

Los nuevos héroes, los banqueros y las top models impusieron su dominio y los principios sobre los que estaba fundada la existencia de los trescientos millones de habitantes de la URSS se vinieron abajo. Los rusos habían crecido en una patria y se hallaban de pronto viviendo en un supermercado.[45]

Desde que Vladímir Putin llegó al poder en el año 2000,

la mayor preocupación de los comentaristas occidentales en general ha sido verificar las pruebas de todo capitalismo que se precie: la libertad de los mercados y la seguridad de los derechos de propiedad. ¿Cómo se han comportado bajo Putin estos atributos esenciales de una economía liberal? Según muchos indicadores convencionales, el suyo ha sido un régimen favorable a las empresas.[46]

Así, el presidente ruso continuó y hasta profundizó –aunque de un modo más prolijo– el camino elegido luego de 1991, en grado tal que los investigadores suelen caracterizar como neoliberales muchas de sus políticas económicas.

Para Ilyá Matveev, por ejemplo, “en la Rusia de Putin, el neoliberalismo queda de manifiesto no solo como un régimen de austeridad presupuestaria, sino como una selección específica de técnicas de gobierno cuya base es la lógica de mercado”. [47] Esas técnicas se plasmaron en la introducción de un nuevo código laboral que beneficiaba a los empresarios, una baja considerable en los impuestos para las empresas y una reforma sustancial del sistema jubilatorio, entre muchas otras medidas como la privatización de la salud y del transporte público. Así, no tiene sentido hablar de una “economía colectivista” o “estatizada” para describir a la Rusia de los últimos treinta años ya que “la economía rusa no fue tomada por el Estado, sino que el Estado fue transformado en un tipo de corporación dentro del entramado neoliberal del capitalismo ruso”. [48]

En todo caso, hacia la década de 2000, un “capitalismo de Estado” surgió con el fin de que el gobierno pudiera garantizar la acumulación que llevaba adelante la élite y en simultáneo asegurar la estabilidad del poder, pero también favorecer el desarrollo de la economía, sostener regiones pobres –sobre todo aquellas aquejadas por el desempleo– y apuntalar el rol geopolítico de Rusia, especialmente en lo que se refiere al control de recursos estratégicos como el gas y el petróleo. Así se entiende, por ejemplo, la transferencia –mediante un proceso que incluyó varias instancias judiciales– de los activos de la petrolera Yukos –que había pertenecido a Mijaíl Jodorkovsky, uno de los oligarcas que más se beneficiaron durante el proceso privatizador de la década de 1990– a la estatal Rosneft, lo cual supuso un aumento notable de la participación del Estado en ese sector. [49] A pesar de que otros rasgos del putinismo hagan pensar lo contrario, “el aislamiento, el burocratismo y los métodos políticos autoritarios no contradicen mayormente los principios neoliberales de subordinación de todas las esferas de la vida social a la lógica de la competencia y la eficacia de mercado”. [50]

Pasadas más de tres décadas de la disolución del sistema soviético, Rusia se ha transformado en una economía de mercado plenamente integrada al sistema capitalista mundial. El lugar que ocupa en él puede caracterizarse como semiperiférico, ya que forma parte de una tradición de “países que aspiraron a la grandeza o fueron grandiosos en el pasado, pero que en la era moderna se enfrentaron al desafío de la supremacía occidental, en su mayor parte anglosajona”. [51] Como sintetiza el sociólogo Boris Kagarlitsky, el sueño de que “Rusia se integrara a la economía mundial y a la comunidad global había sido cumplido. Rusia nuevamente se había convertido en una fuente de materias primas y recursos financieros para Occidente”. [52] Esas características, como las sanciones económicas y financieras que Europa y los Estados Unidos aplican contra el país desde 2014, no resienten su condición de economía de mercado. Por el contrario, refuerzan aún más su inscripción en el proceso de acumulación capitalista global. Como si fuera un espectro desterrado, al comunismo hay que buscarlo en otros lugares.

El comunismo en el cambio del milenio

Como era de esperarse, el reingreso del capitalismo en Rusia durante la década de 1990 estuvo acompañado por una política de descomunización cuidadosamente preparada para legitimar la llegada del nuevo sistema y ayudar a olvidar el viejo. La austera iconografía soviética no maridaba bien con la obscena exhibición de marcas de lujo europeas y estadounidenses en los locales céntricos de la capital ni con los nuevos carteles publicitarios que estimulaban un consumo indiscriminado en todas las ciudades. A tono con un nuevo clima de época que proponía al capitalismo como el único camino posible para la humanidad, el presidente Borís Yeltsin, que hasta poco antes había estado afiliado al Partido Comunista y había sido miembro de su Comité Central, solía decir que los años soviéticos habían sido un “paréntesis para la historia del país”. Por eso, se empeñó en tomar medidas que ayudaran a borrar cualquier indicio que remitiera al pasado reciente.

En muy poco tiempo, símbolos patrios, pero también ciudades, calles y otros lugares de interés cambiaron sus nombres, adoptando el vocabulario de la nueva época. Decenas de monumentos que evocaban a protagonistas destacados del panteón soviético –como Lenin, Stalin, Mijaíl Kalinin o Iakov Sverdlov– fueron extraídos de sus emplazamientos originales y pasaron a acumularse en el Parque de las Artes Muzeon, muy cerca del edificio de la sección de arte contemporáneo de la Galería Tretiakov. La lista podría continuar, pero alcanza como muestra significativa de que el desmantelamiento del sistema soviético no solo pasó por la privatización de los medios de producción, sino también –y sobre todo– por la impugnación de cualquier símbolo que remitiera al comunismo.

Al filo del nuevo milenio, los magros resultados económicos y sociales del reingreso del capitalismo hicieron que ese pasado comunista no fuera tan mal visto por la población. Muchos

comenzaron a añorar los años en los que tenían garantizados servicios básicos como la vivienda y la salud, y además contaban con un ideal comunista que les proveía “la sensación de contar con una misión y colmó una necesidad espiritual básica”, [53] que era difícil de destituir de un día para otro. De hecho, no todo pudo ser removido: todavía hoy el cuerpo de Lenin descansa en el Mausoleo construido en la Plaza Roja de Moscú y sus efigies siguen en pie en lugares destacados de las ciudades más importantes de Rusia –e incluso en la Antártida–, como también el imponente monumento de granito de Karl Marx erigido frente al Teatro Bolshói de la capital. Allí, en las fachadas de varias estaciones de subterráneo y algunos edificios públicos persisten incrustados el martillo y la hoz mientras que, en San Petersburgo, la plaza Dictadura del Proletariado no fue rebautizada. Además, en las prácticas cotidianas “no es menor la cantidad de sitios web que usan el dominio ‘.su’ (Soviet Union) en vez de ‘.ru’ (Russia)”. [54]

Vladímir Putin llegó al poder en el año 2000 con una determinación de reforzar el rol del Estado en el ámbito interno y de reposicionar el país en el ámbito externo para superar lo que se entendía que había sido una década de privaciones y humillaciones. Así, comenzó una recuperación dosificada y arbitraria del comunismo, sobre todo en clave simbólica. Putin considera que si la historia rusa supone el desarrollo orgánico de una grandeza nacional, no se pueden tirar a la basura setenta años de historia. Debidamente utilizado, el pasado comunista podía sumar legitimidad a su proyecto político. “Los símbolos del comunismo comenzaron a ser vistos como útiles para enfatizar la importancia del Estado ruso”, según sostiene el investigador David Satter en su explicación de la conducta de Putin. [55] Motivos no faltaban: entre muchos otros éxitos de impacto mundial, la Unión Soviética había sido la responsable de derrotar al nazismo durante la Segunda Guerra Mundial y de enviar a un ser humano al espacio por primera vez en la historia.

La recuperación que proponía el presidente ruso encontró asidero en la construcción de un aparato simbólico que, al mismo tiempo, reforzara el nacionalismo y desmovilizara políticamente a la población. En su enfoque, los logros soviéticos eran producto no tanto de un sistema ideológico como del esfuerzo mancomunado de un pueblo. En ese sentido, el pasado comunista no era más que un

período dentro de la larga historia rusa, en la cual se habrían sucedido –sin conflictos aparentes– el zarismo, el Imperio, el sistema soviético y el capitalismo, siempre con un Estado fuerte y centralizado que garantizaba la continuidad y el esplendor del pueblo ruso, más allá de cuál fuese el sistema político.

Así, por ejemplo, el Terror y los momentos trágicos del comunismo, que ocuparon un capítulo más que significativo en su historia, podían ser absorbidos dentro de un relato que los presentara como pasos necesarios para lograr y mantener esa grandeza nacional. “Nos dimos cuenta de la continuidad y la integridad del camino milenario de nuestra Patria”, dijo Putin en 2014 después de la anexión de Crimea, para enseguida agregar: “Y creemos en nosotros mismos, en lo mucho que podemos hacer y todo lo que podemos lograr”. [56] A partir de entonces, como dice el refrán, el pasado ruso volvió a ser impredecible y sus vestigios fueron utilizados para potenciar al Estado y reforzar la identidad nacional.

El caso del himno ruso, por ejemplo, muestra el modo en el cual parte del comunismo pudo ser recuperado, adaptado y reincorporado a las necesidades de ese nuevo presente capitalista. La música había sido compuesta por Aleksandr Aleksándrov en 1943 para dotar de una canción nacional a la Unión Soviética, en plena guerra contra el nazismo. Hasta 1991, funcionó como el himno oficial. [57] La letra decía, entre otras cosas, “Lenin iluminó la senda” y “el estandarte soviético es la bandera del pueblo”. Luego de la disolución, Borís Yeltsin –a tono con su proceso de descomunización– decidió que el nuevo país debía contar con un himno diferente y en 1993 decretó que ese lugar sería ocupado por la Canción Patriótica, una pieza que Mijaíl Glinka había compuesto en 1833 (su título original estaba en francés: *Motif de chant national*). El arraigo en la población de una pieza musical en gran parte desconocida que además no tenía letra fue escaso y, antes bien, la melodía contó con altas dosis de reprobación. A instancias de Putin, en diciembre de 2000 el Poder Legislativo decidió que era momento de reintroducir la melodía del himno soviético, pero con una nueva letra: la potestad de la elección recaería sobre el presidente. El texto finalmente aprobado comienza diciendo “Rusia, nuestra patria sagrada” y más adelante sostiene que esa patria está “protegida por Dios”. A pesar de que la partitura es la misma que la

de 1943, la letra no hace mención alguna a los valores del comunismo. Más bien todo lo contrario.[58]

Al escuchar ese himno, la letra pasa a segundo plano porque muy pocas personas pueden resistirse al magnetismo ejercido por su música: su estructura armónica cromática hizo que la canción pudiera ser entendida como un símbolo de vigor y pujanza, pero también como la expresión de un pueblo sufrido. Según explica el etnomusicólogo Julio Mendivil, los significados de la música no son cerrados ni están dados únicamente por el material sonoro; como actividad humana, no “está provista de un valor intrínseco y universal” y, por el contrario, los “significados que le adjudicamos son el resultado de procesos históricos y culturales específicos, cuando no derivaciones particulares de historias de vida”,[59] en las cuales lo emocional no suele ser un factor menor. La decisión de Putin de reconvertir la partitura del viejo himno comunista en la nueva canción patria de la Rusia capitalista, y los efectos que genera en miles de personas más allá de sus fronteras, expresa la capacidad de la música de mutar de sentido y el peso que tiene la dimensión emocional.

La arquitectura político-emocional del putinismo fue ingeniosa. Por un lado, la combinación de símbolos zaristas y soviéticos –la bandera tricolor y la música de Aleksándrov, por ejemplo– permitía confirmar esa pretendida continuidad de la historia de Rusia, más allá de los sistemas que eventualmente la hayan regido. Por el otro, la recuperación de una melodía aún familiar para la gran mayoría de la población ayudaba a que esta pudiera vincularse con momentos más agradables de su vida, como la infancia o la juventud, y no tanto con el caos asociado a la música de Glinka. “Si aceptamos la idea de que no podemos usar los símbolos de las épocas previas, incluidos los soviéticos, entonces debemos admitir que nuestras madres y padres tuvieron vidas sin sentido y que vivieron en vano. No puedo aceptar eso ni con mi mente ni con mi corazón”, justificó Putin por entonces, resaltando el lugar de privilegio que ocupa la dimensión afectiva en la toma de decisiones políticas.[60] Más aún, en el resto del mundo, miles de personas pueden revivir su apuesta por lo que significó la Unión Soviética al escuchar ese himno, a partir de la fibra emotiva que toca.

Los procesos de descomunización fueron tanto más intensos en gran parte de las otras repúblicas que formaban parte de la Unión Soviética –como Turkmenistán y Uzbekistán–, ya que sintieron que Rusia había ejercido una suerte de explotación política y cultural bajo la ideología del comunismo. Sin embargo, no es así en todos los casos: en Bielorrusia, “hay una estatua de Lenin por cada 20.000 habitantes; todas las que había antes de 1991 subsisten en la actualidad”. [61] De todos modos, incluso frente a los casos de rechazo directo del comunismo, el propio Putin pudo hacer un uso funcional y pragmático. “¿Quieren una descomunización?”, preguntó el presidente ruso a los ucranianos en un discurso televisado pocos días antes de anunciar la invasión de ese país en febrero de 2022. El interrogante apuntaba a sostener que la existencia de un territorio ucraniano independiente del ruso había sido resultado de las políticas de Lenin y que, por lo tanto, sus territorios debían volver a unirse. Así, legitimaba su decisión de invadir la región al mismo tiempo que mostraba una enorme habilidad para manipular el legado del comunismo de acuerdo con sus objetivos.

A lo largo de estos últimos treinta años, los elementos del comunismo soviético fueron desapareciendo del espacio público de Rusia, fueron mutando de sentido o, si pudieron subsistir, lo hicieron como espectros de un pasado despolitizado para convivir con (y apuntalar) un presente capitalista que se distancia cada vez más de la experiencia inaugurada en 1917. Aunque no siempre.

¿Qué hacer con el comunismo ruso?

Las cambiantes vicisitudes del pasado soviético en el presente ruso han dado lugar a importantes debates académicos y políticos que siguen abiertos. Sin embargo, incluso en esos espacios de discusión hay una idea que está clara: la Rusia actual no es comunista. Hace algunos años, el historiador Bruno Groppo llamó la atención sobre los problemas que se generaban con “la memoria colectiva de Rusia y los usos políticos del pasado por parte de las autoridades rusas después del final de la Unión Soviética y el sistema comunista”. [62] Los investigadores Mark Beissinger y Stephen Kotkin, por su parte, indagaron si existía o no un legado comunista. [63] Sin dudas, uno de los debates más significativos, vinculado a un tema y a una figura candentes, se da alrededor de la supuesta presencia de un hombre rojo heredado del sistema comunista. “En setenta y pocos años”, expresó la escritora Svetlana Aleksíevich, “el laboratorio del marxismo-leninismo creó un singular tipo de hombre: el Homo sovieticus”. [64] Esa particularidad condicionaría las conductas individuales e impediría la posibilidad de que Rusia se convierta en un país normal –el eufemismo utilizado para referirse al capitalismo–, ya que una esclavitud interna heredada de los tiempos soviéticos impediría que los sujetos hagan un buen uso de la libertad adquirida con la introducción del capitalismo. En ese sentido, la herencia comunista sigue siendo, en gran parte, la explicación para todos los males de la Rusia contemporánea. [65]

Estos debates son significativos porque dan por sentado que la experiencia soviética sigue presente y obliga a los habitantes de Rusia a saldar cuentas con ella. Más allá de las diferentes maniobras estatales para recuperar ese pasado y las discusiones al respecto, resulta interesante destacar aquí que una de las estrategias más poderosas surgidas entre la población de los últimos años para lidiar con el comunismo tomó la forma de la nostalgia. Como sostiene el especialista en relaciones internacionales Rainer Matos Franco,

la nostalgia por el socialismo es un fenómeno poco estudiado, pero bastante extendido en el mundo poscomunista. [...] En una encuesta [...] realizada [por el Centro de Análisis Levada] en Rusia en enero de 2005, 66% de los entrevistados pensaba que la desintegración de la URSS había sido un desastre.[66]

Sin embargo, en los últimos tiempos la situación ha cambiado y han proliferado investigaciones sobre la cuestión; una de las mayores especialistas ha llegado a sostener que un “fantasma sobrevuela el mundo de la academia: el estudio de la nostalgia poscomunista”. [67] Desde el trabajo inicial de Svetlana Boym hasta los más actuales de Maria Todorova, no decrecieron el interés y las explicaciones, de lo más variadas, que entrañaron un vasto y significativo aporte para comprender la cuestión.

Hay factores fundamentales que explican la creciente añoranza de los rusos por su pasado comunista, más allá de que la Unión Soviética haya sido un sistema que estuvo lejos de los objetivos iniciales de la revolución que le dio origen. Los soviéticos estaban muy orgullosos de los logros de su país, algunos de impacto mundial, y también de los valores promulgados por el sistema, como el internacionalismo, la amistad de los pueblos y la solidaridad. A muchas personas les resultaba muy difícil dejar de lado el país en el cual habían nacido y vivido gran parte de su vida, y que había logrado generar una sólida identidad soviética que transcendía los espacios étnicos y nacionales. Según explica Alexei Yurchak,

un elemento constitutivo innegable del actual fenómeno de “nostalgia postsoviética” se encuentra en la añoranza de los muy reales valores humanos, la ética, las amistades y las posibilidades creativas que brindaba la realidad socialista, muchas veces a pesar de las metas anunciadas por el propio Estado.[68]

A pesar de que desde los medios de comunicación e incluso desde la academia pueda tildarse a la nostalgia comunista de una enfermedad –apelando a su definición vinculada al campo de lo patológico– y de que “cualquier mención positiva del pasado socialista es vista como sospechosa ideológicamente”, los investigadores prefieren distanciarse de los enfoques reduccionistas y abordar el fenómeno de manera conceptual dentro de un amplio continuo de perspectivas que abarca desde su descripción como un síndrome de experiencias traumáticas del pasado hasta una reacción paliativa contra los cambios generados por el capitalismo.[69] A su vez, para otros estudiosos, esa nostalgia podría inscribirse dentro de un comunismo chic, esto es, formar parte de producciones de la cultura popular construidas a partir de una recuperación de símbolos y otros objetos comunistas en clave irónica, pasatista o con el fin de desarrollar una mercancía, con un profundo desconocimiento de la connotación que cada uno de esos elementos tenía en su contexto de producción original. Incluso podría desarrollarse una nostalgia virtual, añoranza colectiva que existiría más allá de la experiencia personal de los sujetos y sus trayectorias de vida.[70] Sin dudas, el despliegue de la nostalgia por el pasado comunista no es unívoco y a veces llega a involucrar dimensiones solo en apariencia opuestas, como lo emocional y lo cognitivo. Como vimos, los estudios del giro afectivo “pusieron en entredicho la exclusividad cognitiva de la razón y contribuyeron a liberar a las emociones de su extensa reclusión en la irracionalidad”.[71] La nostalgia se conecta con recuerdos entrañables, su calidez y cierto sentimiento de pérdida atribuibles a una reconfiguración del pasado que proponga puntos de vista (alternativos al oficial) que expresen una insatisfacción con el presente.[72]

La nostalgia es una experiencia tanto discursiva como corporal, y se suele expresar a través de canales diversos como la literatura, la televisión, internet y la moda o en espacios físicos como restaurantes.[73] De esta manera, puede asistirse a un desfile de posters de Lenin, remeras con el martillo y la hoz, prendedores con la bandera roja o cenar rodeado de una atmósfera soviética entre muchos otros artefactos (y esto, en Rusia u otros lugares del mundo). La nostalgia también se manifiesta en actividades culturales como el concierto que el Coro de Niños de Rusia brindó en el Teatro Mariinski en enero de 2014 en cuyo programa se

incluyó “Pust vsegdá budet solntse!” (¡Que siempre haya sol!), canción infantil soviética compuesta en 1962 y de enorme popularidad por entonces. En ese sentido, se trata de un insumo poderoso para moldear las identidades en la Rusia actual y para colaborar con el proceso de comprensión del pasado comunista.

Un fenómeno similar se observa actualmente en los países que formaron parte del Pacto de Varsovia –el acuerdo de colaboración militar firmado en 1955 entre la Unión Soviética y los países comunistas de Europa central y oriental–, como los territorios de la antigua República Democrática de Alemania. Lejos de ser considerado un “lastre” o un “capítulo irrelevante”, el pasado de la Alemania comunista hoy es recuperado y valorado como un período que, si bien abundó en privaciones y represión, también proveyó movilidad social ascendente y produjo logros científicos y materiales.[74] No todo fue una estática monotonía gris. La añoranza por el pasado tomó allí el nombre de Ostalgie, que combina las palabras alemanas Ost (Este) y Nostalgie (nostalgia) e incluye una evocación simbólica y otras de tipo material, como la restauración de los autos Trabant o el relanzamiento de la gaseosa Vita Cola.[75] Algo similar sucede en los países de la ex-Yugoslavia, donde una yugonostalgia evoca con entusiasmo “los éxitos de los equipos nacionales yugoslavos dorados, las personalidades y elementos políticos”. [76]

Como esbozamos ya, la añoranza y el interés por el mundo del comunismo no se limitan a Rusia ni a los países que atravesaron la experiencia comunista. Muy lejos de allí, en la Argentina, se observa un fenómeno interesante que, nuevamente, involucra a la música: bandas de rock cuyos nombres remiten de una u otra manera a Rusia o la Unión Soviética, y que en los últimos años llegan casi a una decena, si dejamos de lado a bandas precursoras como La KGB –que editó su primer disco en 1987– o las repercusiones de su par uruguayo Trotsky Vengarán, que lleva más de treinta años de trayectoria. En orden cronológico de surgimiento son Acorazado Potemkin (2009), Los Rusos Hijos de Puta (2013), Unión Soviética (2013), El Zar (2014), Laika Perra Rusa (2014), El Príncipe Idiota (2015), Octubre Rojo (2016), Conociendo Rusia (2018) y Lenin tiene hambre (2022).

Las fechas mismas denotan que, si bien todas estas bandas nacieron bastante después de la disolución de la URSS, más de la mitad aluden a esa experiencia. Existe un antecedente significativo, no dado tanto en este caso por el nombre de la banda, sino por las referencias explícitas, en un disco icónico del rock nacional: Octubre (1986) de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota. En efecto, en este disco, tanto el nombre como el arte de tapa y las letras son rememoración de dicha experiencia. Por un lado, “Fuegos de Octubre”, que es el primer tema, comienza con explosiones y, aunque su letra no es muy extensa, sí resulta muy elocuente: “De regreso a Octubre / desde Octubre / sin un estandarte de mi parte / te prefiero igual / Internacional” pone en primer plano uno de los elementos constitutivos de la perestroika, el programa de reformas que se llevó adelante por entonces y que pretendía recuperar los objetivos originarios de la Revolución de 1917. Por otro lado, en el disco figura una de las canciones más emblemáticas de la banda, “Jijiji”, y lo interesante aquí es que la versión en vivo terminaba con los siguientes versos: “Olga Sudorova, vodka de Chernóbyl, pobre la Olga, ¡crepó!”, haciendo alusión al famoso accidente de 1986.

El caso de las bandas argentinas está también vinculado a cierta resistencia nostálgica ya que, cuando indagué las razones de la elección de los nombres, manifestaron un profundo conocimiento de la cuestión y cierta valoración si no de la experiencia soviética al menos de las prácticas y los sueños que el comunismo había prometido. Para los integrantes de Unión Soviética, por ejemplo, los espacios de composición y de toma de decisiones eran

como una asamblea donde debatíamos las ideas y frecuencias que nos bajaban de las entidades que nos inspiraban para ordenarlas y llevar el proyecto adelante; queríamos utilizar el poder disruptivo del espíritu revolucionario como arma de seducción y atracción. Algo así como un Soviet para la toma del poder.[77]

Más aún, para ellos “el hecho de que no exista más [la Unión Soviética] fue un factor determinante para apropiarnos de ese

nombre”.

Algo similar sucede con las integrantes de Lenin tiene hambre. Cuando les consulté sobre el origen del nombre de la banda, respondieron que “es un nombre genial. [...] El sistema nos tiene agobiadas y nos preocupa el hambre en el mundo y el capitalismo salvaje”. [78] Por su parte, los miembros de Laika Perra Rusa mostraron también un interés en rescatar cierta herencia intelectual:

En la primera época de la banda, era más intenso el trabajo sobre el concepto de lo ruso/soviético, el constructivismo como parámetro de belleza y ciertas menciones en la poética a las máquinas, los cables y la energía como vehículos de transformación.

Lo notable es que la operación para bautizar a la banda de esa manera surge de la reinterpretación de un grafiti de la época de la discusión sobre “laica o libre”, a finales de los años cincuenta:

“Laika perra rusa” era el meme de la derecha que quería la educación religiosa en los colegios públicos, ya que hacía referencia a que la educación laica nos convertía en algún tipo de subordinados de la Unión Soviética. La propuesta fue modificar la “c” por la “k” para favorecer la polisemia del nombre. [79]

Otro caso significativo es el de Matilda, banda rosarina nacida hacia 2001 e integrada por Juan Manuel Godoy e Ignacio Molinos. Si bien su nombre no remite directamente a Rusia o la Unión Soviética, en una parte importante de su producción se deja ver la influencia y el rescate de la experiencia comunista. [80] El proyecto musical formó parte del sello discográfico Planeta X, que además era un colectivo organizado de manera horizontal y autogestiva (las decisiones se tomaban en asambleas). Esa experiencia, sumada a que uno de los

miembros del grupo trabajaba en una biblioteca anarquista, les permitió ganar fluidez en cuestiones políticas. De hecho, reconocen que en esa vertiente su formación “no se produjo a través de los partidos políticos, sino que lo hicimos a través del hecho artístico”. [81] Como dice Godoy, “las letras de Matilda siempre tienen una cosa medio de bajada de línea, que si bien no es política explícitamente, hay una autocrítica social”. [82] Por ejemplo, Molinos explica que “[el disco] Las acciones cotidianas [de 2012] era más explícito con ese accionar diario: [...] no es solo militancia, ya que la vida cotidiana está intervenida por situaciones políticas”. [83]

En su disco *Bailando en la tempestad* (2023), fueron más explícitos y decidieron ilustrar la portada con una reversión de la litografía del artista de vanguardia El Lissitzky, *Vencer a los blancos con una cuña roja* (1919), que hacía alusión a la Guerra Civil rusa que enfrentó a los ejércitos rojo –comunista– y blanco –monarquista– durante los primeros años de la Revolución. Esa conexión no fue fortuita. Luego de publicar *Formas de inventar nuestro destino* (2005), un disco de electropop con contenido político, uno de los miembros del colectivo definió a la música de la banda como “tecnopop constructivista”. Eso les generó interés por esta misma vanguardia rusa –el constructivismo– y quedaron encantados con la propuesta, particularmente por los colores y las formas. Durante su indagación, dieron con la Revolución Rusa, un acontecimiento que les pareció una gesta “increíble no solo por lo político, sino también por lo que significó en términos artísticos”. Cuando pensaron en cómo ilustrar la portada de su disco *Para ser movimiento* (2008), le sugirieron al diseñador Augusto Constanzo que retomara los colores predominantes en esa corriente, como el rojo y el negro, y también cierto rescate de su experiencia: en efecto, las palabras allí escritas también emulan su tipografía característica.

Cuando en 2023 idearon el arte de tapa del nuevo disco, buscaron ser coherentes con la oscuridad de la música, influida por un contexto de crisis. Como no quisieron ser tan figurativos, sino apelar a una idea más abstracta, la obra de Lissitzky se confirmó un gran hallazgo, en principio para recuperar sus colores. Sin embargo, terminaron reinterpretándola y construyendo con ella un sampleo, porque de alguna manera tenía que ver con el movimiento y con el

baile: “La obra del artista sugería eso, dos universos que chocan y eso iba muy bien con el título del disco”. La diferencia es que en ese sampleo el fondo es un pleno negro, mientras que el original –más luminoso– estaba inmediatamente vinculado a las esperanzas que había generado un acontecimiento como la Revolución. En el caso de Matilda, el fondo oscuro es una alegoría de la tormenta: el enfrentamiento sigue, pero la salida no es tan clara.

En el fenómeno de las bandas mencionadas, hay un rescate más o menos explícito de la experiencia soviética en un sentido de resistencia que refuerza la nostalgia. Como explican los miembros de Matilda,

la Revolución y lo que ella encarnó nos sigue pareciendo algo positivo, sobre todo por el hecho de que la gente trabajadora haya podido gestar eso. A pesar de que hoy las cosas son muy diferentes, [...] cuando se ven esas gestas en algún punto da esperanza: si sucedió alguna vez, puede volver a pasar.

El comunismo no existe más en Rusia –y nunca existió en la Argentina–, pero en vez de ser reciclado como una suerte de burla para descalificar a quienes piensan distinto en términos políticos o como una reivindicación sectaria y acrítica, puede recuperarse en la forma de una añoranza creativa que potencie resistencias y estimule la imaginación de otros futuros. Así, aunque en la actualidad sea capitalista, Rusia puede resignificarse como un país con un rico pasado de experiencias no capitalistas y convertirse en un poderoso insumo para idear alternativas.

■

[34] Ver Nadia Luna, “La peor vacuna es la que no se aplica”, *Anfibia*, 13/11/2020, <n9.cl/6wgdr>.

[35] La declaración puede verse aquí: <n9.cl/bqkfni>.

[36] Cit. en Sabina Crivelli y César Bonanotte, “Verde que te quiero verde”, El Cohete a la Luna, 13/6/2021, <n9.cl/duux9j>.

[37] “El ‘Metalverso’ de Alberto Fernández”, Infobae, 4/2/2022, <n9.cl/xxv7x3>; el destacado me pertenece.

[38] “Bolsonaro comparó al nazismo con el comunismo y dijo que ambas ideologías deben ser repudiadas”, Infobae, 10/2/2022, <n9.cl/8mgf2>.

[39] Mercedes López Cantera, Entre la reacción y la contrarrevolución. Orígenes del anticomunismo en Argentina (1917-1943), Buenos Aires, Imago Mundi, 2023, p. xxiii.

[40] *Ibíd.*, p. xxvi.

[41] Vera Carnovale, “¿Qué es esto? A 30 años de 1983”, Políticas de la Memoria, 23, 2023, p. 3.

[42] Ernesto Bohoslavsky y Marina Franco, Fantasma rojos. El anticomunismo en la Argentina del siglo XX, San Martín, Unsam, 2024, pp. 14-15.

[43] Ver Martín Baña, Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin, Buenos Aires, Crítica, 2021.

[44] El proceso está muy bien descrito en David Kotz y Fred Weir, Russia’s Path from Gorbachev to Putin. The Demise of the Soviet System and the New Russia, Nueva York, Routledge, 2007.

[45] Giuliano da Empoli, El mago del Kremlin, Buenos Aires, Seix Barral, 2023, p. 103.

[46] Perry Anderson, “Rusia inconmensurable”, New Left Review, 94, septiembre-octubre de 2015, p. 9.

[47] Ilya Matveev, “Russia, Inc.”, openDemocracy, 16/3/2016, <n9.cl/d01xw>.

[48] *Íd.*

[49] Ver Oleg M. Zhuravlev e Ilyá A. Matveev, “Gosudarstvenny kapitalizm v Rossii: sostoianie issledovany (chast 2)”, *Evrázyskaia Integratsii: ekonomika, pravo, politika*, 16(3), 2022, pp. 48-52.

[50] Ilya Budraitskis, “Contradictions in Russian Cultural Politics. Conservatism as an Instrument of Neoliberalism”, *LeftEast*, 12/9/2017, <n9.cl/epddm>.

[51] Georgi Derluguian e Immanuel Wallerstein, “De Iván el Terrible a Vladímír Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo”, *Nueva Sociedad*, 253, septiembre-octubre de 2014, p. 45.

[52] Ver Boris Kagarlitsky, *Empire of the Periphery. Russia and the World System*, Ann Arbor, Pluto, 2008, p. 305.

[53] David Satter, *It was a Long Time Along, and It Never Happened Anyway. Russia and the Communist Past*, New Haven, Yale University Press, 2012, p. 193.

[54] Rainer Matos Franco, *Limbo rojizos. La nostalgia por el socialismo en Rusia y el mundo poscomunista*, México, El Colegio de México, 2018, p. 272.

[55] Satter, ob. cit., p. 358.

[56] Vladímír Putin, “Poslanie Presidenta Federalnomu Sobraniu”, 4/12/2014, <n9.cl/zm25x>; el destacado me pertenece.

[57] La historia sobre el origen y las derivas del himno soviético y del actual himno ruso puede leerse en Caroline Brooke, “Changing Identities: The Russian and Soviet National Anthems”, *Slavonica*, 13(1), 2007, pp. 27-38.

[58] Ver “Tekst gosudarstvennovo guimna Rossiyskoy Federatsii”, <n9.cl/z3zlw>.

[59] Julio Mendívil, *En contra de la música. Herramientas para pensar, comprender y vivir las músicas*, Buenos Aires, Gourmet Musical, 2016, p. 16.

[60] Cit. en Satter, ob. cit., p. 355.

[61] Matos Franco, ob. cit., p. 167.

[62] Bruno Groppo, “Los problemas no resueltos de la memoria rusa”, Nueva Sociedad, 253, 2014, p. 89.

[63] Mark Beissinger y Stephen Kotkin, *Historical Legacies of Communism in Russia and Eastern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

[64] Svetlana Aleksiéovich, *El fin del “Homo sovieticus”*, Barcelona, Acantilado, 2022, p. 9.

[65] Ver Ilyá Budraitskis, *Dissidenty Sredi Dissidentov*, Moscú, Svobodnoe marksistskoe izdatelstvo, 2017, pp. 7-10.

[66] Matos Franco, ob. cit., pp. 24 y 26.

[67] Maria Todorova, “Introduction”, en Maria Todorova y Zsuzsa Gille (comps.), *Post-Communist Nostalgia*, Nueva York, Berghahn, 2010, p. 1.

[68] Alexei Yurchak, *Todo era para siempre hasta que dejó de existir. Cómo vivía, qué creaba, de qué se reía y con qué soñaba la última generación soviética*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2024, p. 27.

[69] Ver Todorova, ob. cit., pp. 3-4 y Ekaterina Kalinina, *Mediated Post-Soviet Nostalgia*, Estocolmo, Elanders, 2014, pp. 21-23.

[70] Laura Goering, “Marketing Soviet Nostalgia”, *Gastronomica*, 17(4), 2017, p. 93.

[71] Bjerg, “Una genealogía de la historia”, cit., p. 3.

[72] Ver Otto Boele, Boris Noordenbos y Ksenia Robbe (eds.), *Post-Soviet Nostalgia. Confronting the Empire’s Legacies*, Nueva York, Routledge, 2020, pp. 10-15.

[73] Todorova y Kalinina, ob. cit., pp. 19 y 49.

[74] Ver Katja Hoyer, *Beyond the Wall. East Germany, 1949-1990*, Londres, Allen Lane, 2023, p. 24.

[75] *Ibíd.*, p. 718.

[76] Ver Serguei Alex Oushakine, “We’re Nostalgic but We’re Not Crazy: Retrofitting the Past in Russia”, *The Russian Review*, 66(3), 2007, p. 451.

[77] Entrevista personal.

[78] *Íd.*

[79] *Íd.*

[80] Salvo que se señale lo contrario, las citas fueron tomadas de una entrevista personal con Juan Manuel Godoy.

[81] “Matilda: la salida es colectiva”, *Página/12*, 9/8/2024, <n9.cl/b4zaa>.

[82] “Matilda: se habla bastante poco de lo que pasa en Rosario”, *Indie Hoy*, 16/6/2016, <n9.cl/0gxwl>.

[83] “Matilda: parte de la comunión”, *Rapto*, 6/10/2016, <n9.cl/7mr4a>.

2. Авторитаризмoс periféricos



Si repasamos de modo somero la lista de los gobernantes de Rusia desde la fundación del zarismo en el siglo XVI hasta la actualidad, observamos que hubo personajes que conservaron su lugar durante extensos períodos de tiempo: Iván el Terrible gobernó entre 1547 y 1584, Pedro el Grande hizo otro tanto entre 1682 y 1725, y Catalina la Grande fue zarina entre 1762 y 1796 (para solo citar algunos casos). Durante la época soviética, Stalin se mantuvo en el poder desde 1929 hasta su muerte en 1953, y Leonid Brézhnev fue secretario general del Partido Comunista entre 1966 y 1982, año en el que murió.

En el lapso que va desde la disolución de la Unión Soviética en 1991 hasta la actualidad, el país solo tuvo tres presidentes, entre los cuales sobresale Vladímir Putin, quien se viene desempeñando en ese puesto desde 2000 –con un breve intervalo como primer ministro entre 2008 y 2012–. En efecto, en marzo de 2024 ganó las elecciones y los números dieron testimonio de un completo récord: con un 77% de asistencia –en un sistema que le da carácter no obligatorio–, obtuvo el 87% de los votos. Aunque fuertemente cuestionado y con denuncias de fraude, este resultado lo habilitó para iniciar su quinto mandato presidencial hasta 2030, con la posibilidad de que en ese año pueda postularse a una nueva reelección por un período de seis años más. Si todo sale como parece, Putin podrá haberse mantenido como la máxima autoridad de Rusia durante treinta y seis años. Más que Stalin y casi lo mismo que Iván el Terrible. Dentro de este panorama, los medios de comunicación e incluso varias publicaciones especializadas lo vienen denominando “el nuevo zar”. [84]

Cabe recordar que muchos de estos gobernantes estuvieron asociados a prácticas autoritarias y crueles. Además de la abundante bibliografía al respecto, también el arte nos recuerda que este aspecto ha estado presente en cada uno de esos gobiernos. Ilyá Repin, por ejemplo, inmortalizó en su cuadro Iván el Terrible y su hijo el 16 de noviembre del año 1581, pintado en 1885, la lobreguez de ese zar luego de cometer filicidio. Por su parte, en 1881 Vasily Surikov había retratado la ferocidad de Pedro el Grande en su lienzo La mañana de la ejecución de los streletsy,

donde con su mirada fulminante el zar parece estar ejecutando a los miembros de ese cuerpo militar que habían intentado rebelarse en 1698 y que terminaron ejecutados por orden del propio zar. En el siglo XX, Ósip Mandelstam comenzó su poema “El epigrama de Stalin” diciendo “Vivimos sin sentir el país a nuestros pies”, para luego describir el asfixiante clima de terror experimentado bajo el estalinismo, acción que le valió el arresto. Su esposa Nadiezhda escribiría un poco más tarde Contra toda esperanza, una descarnada memoria de las aflicciones padecidas durante esos años. Ya en el siglo XXI, con diversas intervenciones artísticas en la vía pública, los activistas del colectivo Voiná (esto es, Guerra) se han manifestado contra la deriva autoritaria del gobierno putinista.

Estas constataciones nos llevan a realizarnos una serie de preguntas. ¿Tiene Rusia una incapacidad natural para los sistemas políticos democráticos? ¿Cómo interpretar, en todo caso, un patrón de gobiernos autoritarios de larga duración sin caer en esencialismos ni estereotipos? El estudio de figuras como Pedro el Grande, Stalin o Vladímir Putin ¿nos ayuda a descifrar un alma rusa autocrática o a comprender mejor el funcionamiento del capitalismo mundial y los programas impulsados por sus clases dominantes? Estos interrogantes apuntan a expresar algunos de los malentendidos contruidos alrededor de los sistemas políticos rusos. Especialmente el actual, que puede ser visto tanto como una suerte de liderazgo progresista –desde la izquierda– como la confirmación de la imposibilidad innata de los rusos para desarrollar gobiernos democráticos –desde la derecha–.

La realidad, sin embargo, escapa a las clasificaciones dicotómicas y se muestra más compleja. Como intentaré argumentar en este capítulo, para comprender mejor el actual sistema político de Rusia, es necesario abordar tanto la relación histórica que tuvo –y aún tiene– con el resto del mundo desde su particular posición de periferia –que la ubicó en una situación de fragilidad y dependencia– como así también la agencia política de su élite y las clases subalternas. Esa escasez de recursos para lidiar con el conflicto generaron entramados favorables para el surgimiento de soluciones autoritarias que, a su vez, se vieron reforzadas o aliviadas según el vaivén de las presiones externas y de la intensificación de los antagonismos internos. Entretanto, ese poder

supo crear bases sociales de apoyo que garantizaron la administración del país y se beneficiaron material y simbólicamente del lugar privilegiado que ocupaban, pudiendo imponer proyectos económicos que iban más allá de los gobiernos de turno. La premisa que atraviesa a todo el capítulo sostiene que, en los escenarios contemporáneos, “mientras algunos componentes abandonan la escena, otros, también constituidos en el pasado, se erosionan más lentamente y actúan una y otra vez, enredándose con los recién llegados”,^[85] favoreciendo el desarrollo de determinadas soluciones políticas.

La expansión capitalista y el surgimiento del zarismo

Cuando indagan las causas del rasgo autoritario del poder político ruso, las investigaciones suelen detenerse especialmente en la herencia mongola, destacando la imborrable impronta que habría dejado la invasión del pueblo asiático acontecida entre los siglos XIII y XV. Hasta Karl Marx acudió a ese argumento cuando dirigió su mirada a Rusia, a la cual describía como una “potencia asiática que amenaza de muerte a la civilización”. [86]

Una parte de la historiografía liberal tomó este acontecimiento como la causa fundamental del despotismo ruso, tesis que se impuso por sobre otras explicaciones que hacían hincapié en la influencia de la religión ortodoxa o en la ausencia del legado político de la Ilustración y la Revolución Francesa. A pesar de su distancia ideológica respecto del liberalismo, la historia oficial soviética también recurrió al argumento mongol a la hora de explicar el sistema político del pasado.

Sin embargo, si bien no quedan dudas de que el poder zarista supuso grandes dosis de autoritarismo y violencia a lo largo de su existencia, actualmente sabemos que los mongoles no impusieron su cultura ni sus costumbres en el territorio conquistado y que tampoco intervinieron de manera decisiva en cuestiones políticas o religiosas. Luego de la invasión, fundaron en 1242 su propio Estado –conocido como “la Horda de Oro”– para gobernar el sector occidental del Imperio Mongol, que se extendía desde los Urales hasta lo que hoy es Bulgaria. Ese dominio se limitó, en la práctica, a que los pueblos sometidos reconocieran al Jan y pagaran tributo.

En un contexto de profunda crisis económica en Europa, los dirigentes mongoles estaban más interesados en controlar las rutas comerciales, como aquellas que podían ofrecer los ríos de la planicie rusa, que en la imposición de un dominio cultural y político. [87] Así, las explicaciones que tienden a resaltar el carácter mongol del poder ruso son más ideológicas que historiográficas, y

su objetivo apunta a vincular a Rusia con el espacio asiático y con todo lo que este representa en términos de atraso y barbarie para el imaginario occidental.

Si la teoría de la influencia mongola no resulta válida para comprender el origen y la naturaleza del poder en Rusia, debemos dirigir nuestra mirada hacia otras perspectivas, menos ideologizadas y más documentadas. Otras investigaciones coinciden en señalar que el surgimiento de un poder fuerte y centralizado no estuvo vinculado a una influencia asiática, sino, por el contrario, al estrecho contacto que el territorio ruso mantuvo con el resto de Europa.

Hacia el siglo XV, Rusia era un espacio bastante similar al europeo, con un príncipe que era un *primus inter pares*, instituciones asamblearias con responsabilidades políticas –como la Asamblea de la Tierra–, ciudades con autonomía y formas republicanas de gobierno –como Nóvgorod–, y comunidades rurales que gozaban de ciertos derechos y libertades. La principal influencia religiosa era cristiana y el intercambio cultural entre Rusia y Europa era intenso: el famoso Kremlin de Moscú, por ejemplo, fue construido por arquitectos italianos –los más destacados de ese momento– que buscaron inspiración en el Castillo Sforza de Milán.[88]

En ese marco, uno de los tantos principados que había estado sometido por los mongoles –el de Moscú– tomó la iniciativa en un proceso que produjo, simultáneamente, la liberación de la Horda de Oro y la unificación del poder. Las razones que favorecieron el crecimiento de esa ciudad son múltiples. Por un lado, las tierras moscovitas se encontraban en una posición privilegiada, ya que estaban ubicadas a orillas del río homónimo que conectaba con el Volga y el Oka, dominando así el núcleo central de la red fluvial rusa. Como explica Boris Kagarlitsky, gracias al comercio y a la concentración de riquezas, a mediados del siglo XIV el príncipe Iván Kalita fue comprando territorios y también anexando las tierras que los principados vecinos ponían como garantía de préstamos cuando no podían pagar el tributo. Con el tiempo, concentró las regiones adyacentes y amplió su dominio. Por otro lado, la ocupación mongola había beneficiado al principado de Moscú en cuanto intermediario en el pago de impuestos entre la Horda y los demás

principados.[89] Gracias a esa posición estratégica, pudo encabezar la liberación y la unificación de los territorios contiguos, de modo que su propio príncipe gobernante concentró más poder.

Ahora bien, si Moscú se beneficiaba del yugo tártaro, ¿por qué se decidió a romper con él? Aquí es donde entra a jugar el factor externo, ya que el mayor estímulo para liberarse de la Horda de Oro y unificar los diferentes principados del espacio ruso provino de la expansión de Europa hacia ultramar iniciada a fines del siglo XV. A partir de ese momento, comenzó a tomar forma una economía-mundo capitalista, “sistema que se extendió con el tiempo hasta cubrir todo el globo hacia finales del siglo XIX, y que aún [lo] cubre”.[90] Entre otras cosas, características de ese entramado son, por un lado, la “mercantilización generalizada de unos procesos que anteriormente habían sido realizados a través de medios distintos al mercado” y, por el otro, una “jerarquización del espacio en la estructura de los procesos productivos [que] ha llevado a una polarización cada vez mayor entre el centro y las zonas periféricas”. [91] Es decir, un nuevo modo de producción –pero también un nuevo sistema económico mundial– basado en la reorganización desigual de las distintas regiones del planeta a partir de la diseminación de las relaciones de mercado.

La expansión ultramarina había abierto una nueva etapa para la actividad comercial y los países centrales precisaban la apertura de nuevos mercados y, además, la provisión de materias primas. Los territorios que habían logrado encabezar esa expansión, como Inglaterra y los Países Bajos, terminarían por ubicarse en el centro de ese sistema dejando al resto de los integrantes en una zona más bien marginal. Por su parte, Rusia tuvo el problema de que su acceso directo al nuevo espacio atlántico había quedado limitado por cuestiones geográficas y las rutas de sus ríos, que habían sido vitales hasta ese momento, quedaron en desventaja respecto del mercado transoceánico.

Si bien el país participó en el proceso de expansión en competencia con los otros Estados europeos, lo hizo en un contexto de menores posibilidades para aprovechar la avanzada colonial. Rusia no quedó afuera del nuevo sistema, pero su extensión territorial no le impidió quedar relegada a una posición periférica –o semiperiférica, como

explicamos en el capítulo 1– al integrarse como exportadora de materias primas –sobre todo, trigo e insumos como la madera– para los países del centro. El investigador Matthew Romaniello señala que “hacia 1730, Rusia era el mayor exportador de Europa de commodities navales clave, especialmente resina, cáñamo y alquitrán”. [92] La flota británica, por ejemplo, se construyó en gran parte con los listones provistos desde Rusia. [93]

En las periferias –conformadas por vastas regiones del continente americano, africano y asiático–, el avance del capitalismo generó tensiones sociales y políticas diferentes a las que se pudieron registrar en las regiones centrales, ya que las élites contaron con oportunidades más limitadas para aprovechar la expansión ultramarina y, por eso, tuvieron menos recursos para lidiar con el conflicto social e imponer sus proyectos de dominación. Por consiguiente, en esos territorios se terminó consolidando un sistema político que, con el objetivo de enfrentar mejor los desafíos que imponía esa presión externa y de reforzar la posición de la clase dominante, concentraba el poder con más fuerza y lo ejercía con más violencia. En Rusia se lo conoció con el nombre de “zarismo” y nació con Iván IV –también conocido como “el Terrible”– durante el siglo XV.

La coincidencia temporal con la expansión europea no es casualidad: allí también las monarquías nacionales se reforzaron en desmedro de las libertades y los derechos medievales, como las autonomías de las ciudades. Sin embargo, como sostiene el historiador Claudio Ingerflom, en Rusia el rasgo autoritario del zarismo se potenció ya que, al fundarse más sobre la fe que sobre normas jurídicas, colocó en manos del autócrata el criterio para decidir qué se podía hacer y qué no. [94] Esa legitimidad trascendente del poder le permitió al zar fortalecerse para enfrentar en mejores condiciones los desafíos impuestos desde afuera, así como resolver con mayor eficiencia los conflictos surgidos dentro del territorio. Así, desde el siglo XV, Rusia ha estado gobernada por un despotismo. Como sintetizan los investigadores Georgi Derluguian e Immanuel Wallerstein, “la recurrencia de gobernantes despóticos y activos está ligada a la típica estrategia semiperiférica de compensar la falta de recursos capitalistas con un incremento de la coerción”. [95]

Todo esto no impidió que hubiese resistencias y alternativas a dicha forma de organización política. La historia rusa abunda en revueltas campesinas que enfrentaron a los zares y la nobleza, como las lideradas por los falsos Dmitry, a principios del siglo XVII, o por Kondraty Bulavin y Emelián Pugachov, en el siglo XVIII. La rebelión de Stenka Razin (1670-1671), por ejemplo, llegó a producir una fisura dentro del entramado zarista ya que, pese a no triunfar, “se inspiraba en una comprensión del poder que iba contra la lógica de la dominación autocrática y en el sentido de una representación y una legitimidad nueva”. [96] Por otra parte, la propia organización de la comuna campesina contaba con elementos que muchos consideraron potenciales semillas comunistas, como la autonomía y cierto igualitarismo basado en el reparto periódico de la tierra y la responsabilidad colectiva ante el pago de impuestos, rasgos que inspirarían los proyectos emancipatorios del movimiento revolucionario del siglo XIX.

Sin embargo, el poder del zarismo se impuso. En el siglo XVIII, Pedro I reforzaría el sistema y consolidaría una fisonomía que se mantuvo casi sin cambios hasta su final abrupto en 1917. Para ello, contaría con la fundamental colaboración de la nobleza –la auténtica clase dominante de Rusia–, que sería la base social necesaria para que el zarismo lograra efectividad en la administración del territorio y, a cambio de esa colaboración, consolidase la propiedad de sus tierras y la servilización del campesinado. [97]

La expansión de la economía-mundo a partir del siglo XV fue un punto de inflexión para ese espacio que hoy conocemos como Rusia, especialmente en lo que refiere a su posición dentro de ese sistema y al surgimiento de un sistema político con rasgos despóticos. La especificidad política del zarismo tiene que ver más con esta particularidad y con el modo en el que la élite rusa intentó acomodarse desde un lugar periférico a la expansión del capitalismo que con ciertos rasgos esenciales de orígenes asiáticos que impedirían que sus habitantes puedan desarrollar otras formas de organización política de la vida social. Por lo tanto, el problema no está relacionado con el hecho de que “Rusia está llena de rusos” – como suele sostener el liberalismo–, sino con el modo en el cual el capitalismo reorganizó el mundo después de 1492.

El autoritarismo soviético

La Revolución de 1917 terminó en cuestión de días con varios siglos de despotismo zarista. Por entonces, parecía abrirse una época de libertad y autonomía para las masas de Rusia. Sin embargo, en muy poco tiempo, el nuevo gobierno dominado por el Partido Bolchevique –más tarde renombrado Partido Comunista– terminó orientándose hacia una forma política que estaba más cerca de su antecesora que de las promesas revolucionarias. En los poco más de setenta años que duró la experiencia soviética, volvieron a sucederse mandatos prolongados –como los de Stalin y Leonid Brézhnev–, y se impuso una forma del ejercicio del poder basada en el autoritarismo, la censura y la represión de las disidencias.

Para explicar la naturaleza de ese nuevo poder, algunos investigadores volvieron a recurrir al viejo argumento reduccionista que resaltaba la incapacidad inherente a los rusos (y heredada de sus ancestros asiáticos) de vivir en democracia. De hecho, algunos renombrados historiadores no tuvieron reparos en destacar los “orígenes calmosos” y “una apariencia física asiática bastante acentuada, en especial los ojos rasgados” de Lenin –el líder de los bolcheviques– para sugerir la conexión mongola.[98] A ese elemento, las interpretaciones dominantes –en su mayoría liberales– le agregaron uno nuevo, bifronte: el marxismo y la tradición revolucionaria.

Según estas interpretaciones, habría una línea de continuidad entre Marx, Lenin y Stalin: el terror y el autoritarismo de este último ya estarían incluidos en los escritos del primero. Así, las jornadas de febrero de 1917, con el surgimiento del Gobierno Provisional y la promesa de convocatoria de una Asamblea Constituyente, fueron inicialmente interpretadas como la ocasión para que Rusia tomara el “camino occidental de la democracia y el capitalismo”. Sin embargo, y a causa de la intervención de los bolcheviques, ese camino habría sido reemplazado por la dictadura y el comunismo.

Como explica el historiador Ezequiel Adamovsky, se trata de una explicación ideológica y reduccionista basada en el viejo argumento de la “oportunidad perdida” –en este caso, como consecuencia del accionar de un partido de izquierda– cuya moraleja es condenatoria, ya que invita a pensar que “cualquier intento de cambio revolucionario del orden social termina inevitablemente en el terror y el despotismo”. [99]

¿Cómo entender, entonces, esa nueva deriva autoritaria del poder sin caer en eslóganes o en interpretaciones reduccionistas? Resulta auspicioso tener en cuenta variados factores. En principio, hubo aspectos coyunturales que favorecieron dicha deriva, como la necesidad de concentrar fuerzas y centralizar la toma de decisiones para hacer frente a la Guerra Civil que siguió a la Revolución y a la intervención de ejércitos extranjeros. Sin embargo, una vez terminado el conflicto, el carácter del gobierno no solo no cambió, sino que se amplió y se consolidó. En poco tiempo, los bolcheviques prohibieron al resto de los partidos e incluso, en 1921, llegaron a cancelar la existencia de facciones dentro del propio Partido Comunista. Según Lenin y varios de los dirigentes bolcheviques, el Partido –nacido para luchar contra el poder despótico del zarismo– era el instrumento racional capaz de no solo acabar con la autocracia, sino también de construir la nueva sociedad comunista, incluso por encima del rol que podía tener el soviét –el órgano de poder popular de carácter horizontal y asambleario, nacido en las jornadas de febrero de 1917–, en función de que, según la concepción leninista, el desarrollo político del pueblo ruso era escaso.

De allí se deriva el lugar preponderante que tuvo el Partido al inicio de la revolución y su posterior consolidación como cuadro dirigente dentro de la política soviética, que se vio apoyado por los cientos de miles de beneficiarios del ascenso social que iba abriendo el sistema, como los miembros de la dirigencia comunista, pero además científicos, artistas y otras personas cuyos antepasados cercanos habían sido campesinos analfabetos y en menos de una generación habían podido acceder a educación universitaria, vivienda y sistema de salud, por ejemplo.

Sin embargo, como en el caso del zarismo, es importante integrar a

estos factores la incidencia del entorno global para comprender la deriva autoritaria del poder comunista. Para muchos investigadores, y para militantes, el bloque soviético representaba una suerte de espacio que conducía un experimento autárquico desconectado del resto del mundo. De hecho, la rápida industrialización llevada a cabo en la década de 1930 solía ser utilizada como un ejemplo del escaso o nulo impacto que había tenido allí la depresión económica mundial.[100] No obstante, como sostiene el investigador Oscar Sanchez-Sibony, la cuestión de “la autarquía soviética es errada. [...] A lo largo de su historia, la economía soviética estuvo en gran medida incorporada a las estructuras económicas globales”,[101] y eso fue fundamental para moldear el sistema político. Este quedó atado a los vaivenes de los asuntos externos, “centrales para la imaginación política de los bolcheviques y para su conducta política real desde el día en que llegaron al poder”. [102]

Los años formativos de la Unión Soviética coincidieron con el desarrollo de una importante crisis europea y con la mencionada crisis económica que tuvo su epicentro en los Estados Unidos y afectó al resto del mundo. En ese contexto, el margen de maniobra con el que contó la dirigencia soviética para reforzar su integración económica quedó limitado y, a pesar de sus logros, nunca pudo alcanzar a potencias como los Estados Unidos ni a algunos países europeos. En la medida en que ese objetivo seguía pendiente, y dado que la coyuntura presagiaba nuevos conflictos bélicos de envergadura, el autoritarismo apareció como una solución política efectiva y duradera. Como concluye Sanchez-Sibony, en gran parte el subdesarrollo soviético terminó por limitar las opciones políticas para ese país.[103]

Ahora bien, lo visto no significa que a lo largo de la historia de ese gobierno no haya habido alternativas –como el propio movimiento de los soviets al inicio de la revolución– o que, una vez consolidado como sistema, no haya habido resistencias y oposiciones –al respecto, prestan testimonio el movimiento disidente o las diferentes huelgas obreras que se desplegaron por todo el territorio–. Sin embargo, está claro que el poder autoritario del Partido Comunista se impuso por sobre cualquier otra opción. Nuevamente, debemos buscar sus razones no tanto en una supuesta herencia asiática o cierto gen ruso, sino en la combinación de

diversos factores entre los que se destacan el predominio de la cultura política de un partido nacido en la clandestinidad para luchar contra el despotismo y, a la par, el continuo impacto de los vaivenes del sistema mundial.

¿Qué hacer con el autoritarismo ruso?

El proceso de reformas profundas iniciado en 1985 por Mijaíl Gorbachov, conocido a escala global como perestroika, hizo un intento por avanzar genuinamente hacia la reconstrucción democrática de la sociedad, reflatando los viejos principios de 1917. Sin embargo, esa experiencia finalizó de golpe con la disolución de la Unión Soviética en 1991. En nuestro presente, poco más de treinta años desde ese momento, el país se ve otra vez bajo el influjo de un poder que lejos está de parecerse a una democracia (por el contrario, es más afín a lo que podríamos considerar abiertamente como una dictadura).

Desde 2012, y sobre todo con el inicio de la invasión de Ucrania en 2022, el gobierno ruso intensificó las persecuciones y, eventualmente, los asesinatos de periodistas y políticos opositores, la represión y la cancelación de la protesta social, la censura en medios de comunicación y redes sociales, la manipulación y el fraude en las elecciones, entre muchos otros elementos que, al tiempo que refuerzan el poder del presidente, limitan la participación política de la población hasta casi anularla. ¿Deberíamos rendirnos, pues, ante la evidencia de que no hay mejor gobierno para Rusia que zares despóticos y líderes autoritarios?

Como venimos sosteniendo, para encontrar la explicación tenemos que apartarnos de tesis esencialistas y reduccionistas. Si bien las estructuras sedimentadas del pasado colaboran en ese sentido, la evolución dictatorial del actual gobierno de Rusia también está muy conectada con los modos en los cuales la élite rusa absorbió el capitalismo tardío y con las tendencias políticas globales de inicios del siglo XXI.

Desde el reingreso del capitalismo en la década de 1990, el gobierno tomó medidas concretas para debilitar a las corrientes democráticas presentes en el país. El primer presidente de la Rusia postsoviética, Borís Yeltsin y la nueva clase dominante emergida del

saqueo de lo que había quedado de la URSS no quisieron que el destino del incipiente y frágil capitalismo ruso quedara librado a la suerte de las mayorías, ya que las transformaciones económicas y sociales eran cada vez más impopulares. La aplicación de las nuevas medidas estuvo acompañada por un refuerzo del Poder Ejecutivo, que llegó al extremo cuando en octubre de 1993 Yeltsin interrumpió la vigencia de la Constitución, abolió la Duma (Parlamento) y reprimió a todos aquellos que salieron a defender a esta última.

La nueva Constitución aprobada en diciembre de ese año terminaría por reforzar aún más el poder del presidente ya que, entre otras cosas, lo habilitaba a disolver la Duma. Cuenta Naomi Klein que Yeltsin se consideraba un monarca y que se había aficionado a llamarse “Borís I”. A partir de entonces, “Rusia cayó bajo un régimen de gobierno dictatorial libre de obstáculos”. [104] Resulta paradójico que aquel a quien se había considerado el “padre de la democracia rusa” –así lo calificó Vladímir Putin en el día de su funeral– utilizara todos los recursos disponibles para boicotearla y disolverla.

O quizás no tanto. En efecto, la relación entre el capitalismo y la democracia no es tan lineal ni directa como parece. Ni siquiera es necesaria. Por el contrario, el capitalismo se benefició muchas veces de regímenes dictatoriales y de sistemas esclavistas. Los ejemplos no escasean, a lo largo de la historia. Un sistema político como la democracia puede resultar problemático, sobre todo si lo que se quiere es instalar un programa neoliberal de destrucción de la industria y con impacto negativo en las condiciones de vida de las mayorías. Lo supo Chile en 1973 y también la Argentina a partir de 1976. En Rusia, la manera en la que se produjo el reingreso del capitalismo alentó formas de ejercicio del poder que, por un lado, garantizaran la acumulación y la fuga del capital de los miembros de la nueva clase dominante rusa y, por el otro, aseguraran la dominación social sin ningún tipo de fisuras. Así lo sintetiza el historiador Ilyá Budraitskis, “la victoria de Yeltsin y la subsecuente adopción de la nueva Constitución rusa en diciembre de 1993 crearon un sistema político fundado sobre el desequilibrio entre un poder presidencial prácticamente ilimitado y un Parlamento débil”. [105] Capitalismo (periférico o semiperiférico) y democracia no

necesariamente matchean y el caso ruso contemporáneo, como sostiene el politólogo Grigori Golosov, es un notable ejemplo de que “la característica específica del autoritarismo moderno es que un número inusualmente elevado de regímenes autoritarios se disfrazan de democracias liberales”. [106]

Llegado al poder en 2000 como un protegido del propio Yeltsin, Vladímir Putin no hizo más que continuar y robustecer esa tendencia. Es cierto que no todos sus mandatos presidenciales se caracterizaron por una extrema concentración del poder, por la censura del discurso público y la represión de la protesta social. Sin embargo, al iniciar su tercer período presidencial en 2012 y, sobre todo, luego de la invasión a Ucrania en 2022, Putin comenzó a virar hacia esas prácticas de maneras nunca vistas en la Rusia postsoviética. A la vez, su discurso ensayó un giro nacionalista que iba a tono con la idea de reforzar el rol de Estado en el nivel interno y de reposicionar el país en el nivel global. También resurgieron valores conservadores como la defensa de la familia tradicional y la homofobia. El poder ruso, nuevamente, se volvía autoritario ante una población en su mayoría signada por la apatía respecto de los asuntos públicos como consecuencia de la expansión del consumo y la desmovilización política generadas por la bonanza económica de la década de 2000.

En paralelo, hubo proyectos políticos que intentaron despertar a las mayorías rusas y proponerse como una alternativa liberal democrática o socialista, pero sus intentos fueron desactivados de plano por el Kremlin. Por ejemplo, el mayor político opositor a Putin, Alexey Navalny, fue enjuiciado y recluido en 2021, y encontrado muerto en una cárcel de máxima seguridad en febrero de 2024. Su esposa –Yulia Navalnaya– y sus colaboradores denunciaron que se trató de un asesinato por parte del Estado. A su vez, el Movimiento Socialista Ruso, una organización que durante una década había sostenido un combate sistemático contra la dictadura y luchado por los derechos de los trabajadores, fue virtualmente prohibido al ser declarado como “agente extranjero” – categoría legal que limita notablemente el accionar cotidiano de personas y grupos así encasillados– en abril de ese mismo año. [107]

Las más de dos décadas de Putin en el poder y la deriva observada a

partir del inicio de la guerra con Ucrania condujeron a múltiples explicaciones sobre cómo caracterizar a su gobierno. Si el zarismo fue un despotismo y la experiencia soviética derivó en un autoritarismo, ¿cómo debemos entender al putinismo tardío? ¿Estamos ante un “zarismo renovado”, una rehabilitación de los métodos empleados en la Unión Soviética o un fenómeno por completo nuevo?

En un artículo publicado en 2022, Ilyá Budraitskis proponía entender al putinismo directamente como un fascismo. Para ese historiador,

la guerra inició la transformación del régimen ruso en una forma cualitativamente nueva. [...] La articulación de una atmósfera de miedo con la agresión imperialista, como también la completa identificación de la voluntad de la nación con las decisiones del líder autoritario, ha llevado a que de unos meses a esta parte muchos –desde mi punto de vista, de manera acertada– recuerden el fenómeno del fascismo.[108]

La recuperación que propone Budraitskis no tiene que ser entendida como un insumo conceptual binario heredado de la Guerra Fría (“fascismo putinista” versus “mundo libre occidental”) ni como una analogía histórica especulativa, tampoco como una suerte de excusa para “exotizar a Rusia” y plantearla como un caso excepcional. Por el contrario, esa caracterización del putinismo como una nueva forma de fascismo es útil para entender mejor las tensiones históricas que existen entre el capitalismo y la democracia. El fascismo histórico había surgido como reacción de las élites dominantes en torno a la Gran Depresión, frente a sus consecuencias y su amenaza contra el orden capitalista, lo cual había llevado a extremar los rasgos fundamentales de la sociedad de mercado –como la atomización de los individuos y la pérdida de su autonomía– para salvar a esa sociedad.

Las contradicciones creadas por la actual crisis del capitalismo tardío resultan curiosamente similares. Dentro de este nuevo

contexto, la ubicación de Rusia en el sistema mundial y los rasgos autoritarios instalados desde la década de 1990 favorecieron la tendencia a destruir las instituciones políticas y fragmentar a la sociedad desde arriba. Este proceso se potenció a partir de la invasión a Ucrania como una forma de hacer frente a la conflictividad interna, que había mostrado su potencial en las marchas de enero de 2021, las mayores en términos de convocatoria en décadas. En ese sentido, Putin finalmente habría transformado su régimen político en un fascismo para intentar imponer orden en un sistema en crisis al tiempo que la élite cerraba filas alrededor de su figura para reforzar su posición de clase y evitar pérdidas mayores.

Para seguir indagando este proceso, podemos convocar las opiniones de tres observadores. Según sostiene Claudio Ingerflom, las estructuras históricas sedimentadas se repiten y, en esa reiteración, pueden producirse fenómenos inéditos.[109] En esa misma dirección, el enfoque de la filósofa y psicoanalista Cynthia Fleury constata que el fascismo es un momento histórico y además un momento psicológico; como tal, podría repetirse.[110] Así, confluye con Enzo Traverso, quien propone el concepto posfascismo para caracterizar a los nuevos movimientos de extrema derecha – entre estos, el gobierno de Putin– cuyo radicalismo “no incluye ni un asomo de ‘revolucionario’, y su conservadurismo [...] está desprovisto de la idea de futuridad que modeló de manera tan profunda a las ideologías y utopías fascistas”. [111] Con esa concepción, el autor intenta también marcar la historicidad específica y el contenido contradictorio que de por sí tiene el término, pensado para definir un fenómeno transicional y global.

Más allá de los matices, lo importante de estos planteos es que nos ayudan a pensar el fenómeno del putinismo tardío no como un hecho aislado, sino como la manifestación, en su versión extrema, de ciertas tendencias mundiales.[112] Como sostiene la mencionada Fleury,

sería un error creer que [el fascismo] es un fenómeno del pasado. Es posible que las experiencias psíquicas individuales de un gran número de personas confluyan y den lugar juntas a un movimiento

en el que nos veamos arrastrados colectivamente. [...] Nuestro tiempo es el momento de un resentimiento muy fuerte, y es un fenómeno que puede observarse en muchos lugares del planeta. [113]

El régimen de Putin forma parte de una constelación heterogénea en la que también podrían incluirse, con sus debidas diferencias, los gobiernos pasados de Bolsonaro en Brasil y Trump en los Estados Unidos, o los actuales de Georgia Meloni en Italia, Javier Milei en la Argentina y la nueva presidencia de Trump iniciada en 2025, entre otros, aunque al menos en estos países la tradición democrática es aún fuerte para limitar el accionar autoritario. Si volvemos a Budraitskis, notamos que en un trabajo previo señalaba el carácter global de las nuevas derechas y el modo en que el conservadurismo y el autoritarismo de Putin participaban en tendencias que iban más allá del espacio nacional.[114] Como sintetiza el historiador Ezequiel Adamovsky,

la nueva derecha radicalizada pone en riesgo una vez más los pilares de la vida civilizada. En cierto sentido, comparte con el fascismo la misma visión totalizante, solo que desplazada a la fantasía de que sea el capital –y no el Estado– el que totalice la vida social [y a] la fantasía de acabar con la política.[115]

En suma, no existe un alma rusa de origen asiático responsable de conducir a su población una y otra vez hacia gobiernos despóticos y autoritarios. A lo largo de la historia, esa sociedad se ha demostrado capaz de oponer resistencia al poder y organizarse de una manera diferente. Sin embargo, la presión del sistema-mundo, la conexión rusa realizada desde un lugar semiperiférico y los proyectos propios de las élites dominantes hicieron que reiteradas veces el país fuera gobernado por sistemas ajenos a la democracia y más cercanos a formas autoritarias.

En ese sentido, podemos considerar al actual poder de Rusia como

una forma de fascismo “porque no solo se ajusta a esa definición, sino que también procura que los movimientos de liberación del presente se den cuenta de la magnitud de la amenaza global que se cierne sobre el futuro”. [116] Estas precisiones en la caracterización conceptual pueden aportar de manera significativa a una mejor comprensión de las realidades contemporáneas y, sobre todo, al desarrollo de estrategias más astutas y eficaces para superarlas.

■

[84] Ver, por ejemplo, Steven Lee Myers, *El nuevo zar. Ascenso y dominio de Vladímir Putin*, Buenos Aires, Ariel, 2017.

[85] Claudio Ingerflom, *El dominio del amo. El Estado ruso, la guerra con Ucrania y el nuevo orden mundial*, Buenos Aires, FCE, 2022, p. 23.

[86] Maximilien Rubel, “Carlos Marx ¿autor maldito en la URSS?”, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Marx y Engels contra Rusia*, Buenos Aires, Libera, 1965, p. 20.

[87] Ver Paul Bushkovitch, *Historia de Rusia*, Madrid, Akal, 2013, pp. 37-39 y 51-54.

[88] Ver José Emilio Burucúa, *Cartas berlinesas II*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2017, p. 295.

[89] Boris Kagarlitsky, *Empire*, ob. cit., pp. 62-64.

[90] Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, México, Siglo XXI, 1983, pp. 7-8.

[91] *Ibíd.*, pp. 4 y 20.

[92] Matthew P. Romaniello, *Enterprising Empires. Russia and Britain in Eighteenth-Century Eurasia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019, p. 7.

[93] Kagarlitsky, *Empire*, ob. cit., p. 86.

[94] Claudio Sergio Ingerflom, *El zar soy yo. La impostura*

permanente desde Iván el Terrible hasta Vladímir Putin, Madrid, Guillermo Escolar, 2017, pp. 65-82.

[95] Georgi Derluguian e Immanuel Wallerstein, “De Iván el Terrible a Vladímir Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo”, Nueva Sociedad, 253, septiembre-octubre de 2014, p. 53.

[96] Ingerflom, El zar soy yo, ob. cit., p. 151.

[97] Ver John LeDonne, Absolutism and Ruling Class. The Formation of the Russian Political Order, 1700-1825, Oxford, Oxford University Press, 1991.

[98] Hélène Carrère d’Encausse, Lenin, Buenos Aires, FCE, 1999, p. 18.

[99] Ezequiel Adamovsky, “Mitos y realidades de la Revolución Rusa”, en Ezequiel Adamovsky, Martín Baña y Pablo Fontana (comps.), Octubre rojo. La Revolución Rusa noventa años después, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2008, p. 14.

[100] Ver, por ejemplo, Eric Hobsbawm, Historia del siglo XX, Buenos Aires, Crítica, 2001, p. 103.

[101] Oscar Sanchez-Sibony, Red Globalization. The Political Economy of the Soviet Cold War from Stalin to Khrushchev, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 4-6.

[102] Jon Jacobson, When the Soviet Union Entered World Politics, Berkeley, University of California Press, 1994, p. 7.

[103] Sanchez-Sibony, ob. cit., p. 21.

[104] Naomi Klein, La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre, Barcelona, Paidós, 2007, pp. 302 y 308.

[105] Ilya Budraitskis, Dissidents among Dissidents. Ideology, Politics, and the Left in Post-Soviet Russia, Londres, Verso, 2022, p. 248.

[106] Grigori Golosov, Politicheskie rezhimy i transformatsii. Rossiia v sravnitel'noy perspektive, Moscú, Vebkniga, 2024, p. 5.

- [107] Ver Kirill Medvedev, Sasha Davidova e Ilyá Budraitskis, “Sotsializm zapreshchaetsia?”, Posle, 1º/5/2024, <n9.cl/r9tyea> .
- [108] Ilyá Budraitskis, “Putinism kak fashism. Pochemu i dlia chevo neobjodimo skazat eto sevodnia”, Syg.ma, 4/10/2022, <n9.cl/mti5v1> .
- [109] Ver Ingerflom, El dominio del amo, ob. cit., pp. 22-25.
- [110] Cynthia Fleury, Aquí yace la amargura, Buenos Aires, Siglo XXI, 2024.
- [111] Enzo Traverso, Las nuevas caras de la derecha, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, p. 19.
- [112] Ver Ilyá Budraitskis y Enzo Traverso, “Globalnypost-fashism i voina v Ukraine”, Posle, 18/5/2023, <n9.cl/ea9jrk> .
- [113] “Nuestra era de feroz resentimiento”, entrevista con Héctor Pavón, Revista Ñ, 1076, 11/5/2024, p. 7.
- [114] Ilyá Budraitskis, Mir, kotory postroil Huntington i v kotorom zhivom vse my. Paradoksy konservativnovo povorota v Rossii, Moscú, Izdatelstvo knizhnovo magazina “Tsiolkovsky”, 2020.
- [115] Ezequiel Adamovsky, Del antiperonismo al individualismo autoritario. Ensayos e intervenciones (2015-2023), San Martín, Unsam, 2023, pp. 94-95.
- [116] Budraitskis, “Putinism kak fashism”, cit.

3. Lógicas imperiales



Cuando en 2022 Vladímir Putin anunció la necesidad de invadir militarmente a Ucrania, adujo, entre otras razones, que se trataba de una acción defensiva ante el inevitable avance de la OTAN sobre la región. La influencia de la alianza noratlántica sobre el país vecino era la última provocación que Moscú estaba dispuesto a tolerar, incluso si esa invocada defensa debía atropellar la soberanía y pasar por alto el derecho a la autodeterminación de la población ucraniana. Sin embargo, con el tiempo, el presidente ruso fue dejando en claro los verdaderos móviles de su intervención: la amenaza occidental no era tan importante como el intento por recuperar un territorio que, dentro de esa misma forzada justificación histórica, pertenecería a Rusia por derecho propio.

En América Latina, la decisión de Putin fue leída por algunos sectores como una enérgica respuesta al imperialismo estadounidense y sus aliados.[117] Por lo tanto, debía ser, si no apoyada, cuando menos no cuestionada. Esa lectura apresurada del conflicto nacía de una combinación de estrategias geopolíticas con impulsos afectivos que ligaban la histórica lucha latinoamericana contra el imperialismo estadounidense con una visión simplificada tanto de la historia soviética como del accionar del Kremlin.[118] En la Argentina, algunos intelectuales y militantes de izquierda se mantuvieron en un posicionamiento similar. Estos enfoques no solo colocaban a Rusia en el lugar de víctima del imperialismo estadounidense, sino que también la posicionaban como una suerte de faro de resistencia capaz de detener la expansión de la OTAN y de favorecer la creación de un mundo multipolar.

La cuestión del imperialismo ha sido, históricamente, un tema de notable importancia para la izquierda. En efecto, de la pluma de varios de sus representantes salieron las mejores explicaciones sobre la cuestión. Lenin, Rosa Luxemburgo, Rudolf Hilferding, Karl Kautsky y Nikolai Bujarin, entre otros, reflexionaron sobre el fenómeno y en sus estudios relacionaron “la expansión colonial y la política de enfrentamiento de las grandes potencias con el desarrollo del sistema capitalista”. [119] De hecho, si tuviéramos que esbozar una caracterización, al menos operativa, del fenómeno del imperialismo, deberíamos incluir varios de los insumos teóricos

heredados de la tradición de izquierda, sobre todo aquellos que destacan la notable relación entre la expansión territorial de las potencias mundiales y la concentración global del capital.

En ese sentido, podemos entender al imperialismo como un fenómeno histórico, pero también como una práctica fundamental que se reactualiza para el sostenimiento del sistema capitalista. Como explica Boris Kagarlitsky, “los imperios, aunque fueron una forma estatal creada por el mundo antiguo, demostraron ser un requisito del capitalismo y, más aún, del capitalismo global”. [120] En efecto, la violenta expansión territorial experimentada a lo largo de los últimos cinco siglos fue vital para el desarrollo del comercio y la consiguiente acumulación de la riqueza.

A pesar de la energía y la claridad con que la izquierda analizó la cuestión del imperialismo, y de que los móviles del putinismo para la invasión fueron finalmente expuestos, muchas veces el caso ruso conlleva un factor de confusión: no siempre se examina su comportamiento bajo los mismos parámetros que los de los otros países que también podrían considerarse imperialistas. ¿Por qué en la actualidad se condena con virulencia el accionar imperialista de los Estados Unidos y no, por ejemplo, el de Rusia? Hay elementos que pueden aparecer como atenuantes, como el discurso crítico hacia Occidente en general y el gobierno de Washington en particular esgrimido por Putin cada vez que puede, aunque ¿específicamente qué rechaza de aquel? ¿Su política expansionista o el veto que esa potencia ejerce sobre Rusia, para que esta no quede en una posición equivalente? ¿Y eso significa que habría un imperialismo mejor que otro?

Incluso si dirigimos nuestra mirada al siglo pasado, todavía hoy cuesta reconocer los rasgos imperialistas que desarrolló la Unión Soviética. Nuevamente se podrían presentar objeciones, no pocas veces atravesadas por las emociones: el lugar de potencia mundial que ocuparon los soviéticos durante la Guerra Fría y el papel determinante que desempeñaron en la descolonización de varios de los países africanos, como veremos a continuación. Pero ¿cómo podríamos caracterizar su accionar respecto de los países de Europa central y oriental? ¿Cómo clasificar la política de rusificación que Moscú aplicó durante décadas sobre las diferentes repúblicas

soviéticas que no eran rusas?

La relación entre Rusia y el imperialismo es estrecha y de una temporalidad muy abarcativa; de hecho, si colocamos el presente ruso y la época soviética dentro de una historia rusa de larga duración, podemos observar el modo en el cual se sedimentaron los mandatos del legado imperial del zarismo. A pesar de ello, todavía hay sectores políticos, sobre todo vinculados a la izquierda, que en función de móviles emocionales o de un reciclamiento de categorías heredadas de la Guerra Fría, relativizan ese accionar.

Como veremos en este capítulo, los sedimentos históricos, los proyectos políticos contemporáneos y las crisis internas recurrentes pueden jugar un rol fundamental a la hora de definir la política exterior de un Estado como el ruso en términos imperialistas. Así, resulta crucial tomar en consideración también el modo en el cual las interacciones de Rusia con el sistema-mundo determinan y condicionan sus aspiraciones de trastocar el orden mundial. Estos son los factores que tendremos en cuenta para analizar el surgimiento de un imperio y de una ideología imperial bajo el zarismo, su sedimentación durante la época soviética y su reconfiguración bajo la actual presidencia de Vladímir Putin.

Nace un imperio terrestre y periférico

La historia del imperialismo ruso está inevitablemente atada a su larga configuración como un espacio unificado y homogéneo, simultánea a la formación del sistema-mundo, iniciada a fines del siglo XV. La ampliación territorial rusa estuvo en gran parte motivada por la necesidad de hacer frente a la expansión capitalista, habida cuenta de que, como vimos, Rusia se había integrado al sistema como exportadora de granos y materias primas: necesitaba extender su territorio tanto para poder obtenerlas como para poder brindarles una salida. En ese sentido, “los gobernantes rusos no intentaron resistir la expansión occidental, sino que buscaron la inclusión en el sistema-mundo, como parte de su periferia, pero en sus propios términos”. [121] Así como los conquistadores europeos atravesaron el océano Atlántico, los colonizadores rusos recorrieron la enorme taiga que se situaba más allá de los montes Urales. Los procesos fueron paralelos.

A partir de la anexión de los diversos territorios adyacentes iniciada por el principado de Moscú en el siglo XV, Rusia fue convirtiéndose en lo que algunos autores han denominado “imperio terrestre”, es decir, un territorio que tenía una metrópoli bien definida –primero Moscú y luego San Petersburgo–, pero cuyas colonias no estaban a un océano de distancia –como podía ocurrir en el caso de otras potencias imperiales–, sino dentro de su espacio territorial, sin que mediara separación geográfica de importancia. Esa ausencia de fronteras naturales favoreció notablemente la expansión misma, pero entretanto lo volvió blanco de diversos ataques, lo cual obligó al zarismo a aplicar no pocas veces la estrategia de una “defensa agresiva” dentro de lo que consideraba su zona de influencia. [122] A su vez, Rusia puede ser considerada un “imperio de la diferencia”, ya que “ejerció un poder desde el centro, pero permitió que los diversos lenguajes, etnias y religiones de sus pueblos sometidos permanecieran en su lugar como ancla de estabilidad social”. [123]

La expansión imperial quedó plasmada en diversas obras de arte que exaltaron, aunque a veces también cuestionaron, el derecho que tenía el zarismo de someter a los diferentes pueblos que circundaban el territorio. La música, que nos acompaña a lo largo del libro, no fue la excepción. En Asia Central es una obra que Aleksandr Borodín compuso entre 1880 y 1881, aunque el pintoresquismo editorial allende Rusia la rebautizó En las estepas del Asia Central para reforzar el aspecto toponímico antes que el sociohistórico del imperialismo ruso. La pieza fue compuesta en un contexto de abierta competencia imperial entre Rusia y Gran Bretaña respecto de los territorios de aquella región. Como explica el investigador Richard Taruskin, el poema sinfónico de Borodín es una ilustración y una glorificación de la política expansionista oriental del zar Alejandro II.[124] Específicamente, exalta la superioridad rusa respecto de los pueblos que habitaban ese territorio y, por lo tanto, justifica su sometimiento. Para eso, el compositor recurrió a distintos valores que arbitrariamente la élite ilustrada utilizaba para definir al mundo oriental (por ejemplo, la lascivia y el hedonismo). Según sostiene el musicólogo Francis Maes,

mientras la regla de la razón prevalecía en Occidente, la irracionalidad y la barbarie se consideraban el reino supremo de Oriente. Este dualismo residía en la base de un simbolismo misógino: Occidente como civilización masculina –racional, activa y moral–; Oriente como civilización femenina –irracional, pasiva e inmoral–.[125]

Como en muchos otros casos de representaciones culturales y de “color local”, el orientalismo es una cuestión de convenciones creadas desde Occidente. En efecto, Borodín decidió retomar algunos elementos ya utilizados en ese sentido por otros compositores –especialmente de su mentor y amigo Mily Balákirev–, con los cuales se pretendía recrear los atributos de ese orientalismo imaginado: la inclusión de melismas, el desarrollo de un ritmo sincopado que se reforzaba por el pedal de la percusión, la utilización del cromatismo y la primacía del corno inglés como

timbre característico. Estos recursos permiten a Borodín exponer y contraponer los mundos ruso y oriental asociándolos a sus respectivos roles estereotipados. Para realzar la imagen musical de Rusia con rasgos masculinos y de superioridad, se vale de un tema activo, brillante y con cierta racionalidad. Para el mundo oriental, por el contrario, el compositor apela a la exposición de la melodía con el corno inglés que, junto con los demás recursos musicales mencionados, permite recrear la pasividad, la sensualidad y el hedonismo. La obra se sostiene en una alternancia entre el tema fuerte –ruso– y el débil –oriental– hasta que finalmente se juxtaponen, con una notoria supremacía del primero sobre el segundo.

La composición de Borodín es ilustrativa de una ideología imperial que nació con Pedro I en 1721 y que, a partir de entonces, permeó a toda la sociedad.[126] Rusia, como el resto de los imperios europeos, podía ser dividida en una metrópoli, que pertenecía a la civilización del continente, y una periferia colonial, que excedía esos límites. Esta tendencia se reforzaría durante el zarato de Catalina II, que ayudó a establecer el perdurable mito que sostenía que la grandeza del poder estatal ruso se derivaba de su territorio. En lo sucesivo, la ideología imperial fue indisociable de la identidad rusa, y se volvió un rasgo que incluso impidió, durante la Revolución de 1917, que sectores liberales y socialistas moderados pensarán en la posibilidad de ceder una autonomía significativa a las partes constituyentes del sistema político.[127]

Rusia se distinguió de otras formaciones imperiales –como la británica o la francesa– por estar inserta en la periferia; pese a ser parte de los márgenes económicos globales, podía explotar colonialmente a distintas poblaciones. Incluso Lenin, que había definido al imperialismo como una etapa específica del capitalismo iniciada a fines del siglo XIX,[128] incluyó a la Rusia zarista como uno de los imperialismos existentes en ese momento, colocándola a la par de potencias como Gran Bretaña, Francia y Japón.[129] Su propio centro podía ser a veces más pobre que algunos de los territorios colonizados –como ocurrió con el caso de Polonia– e incluso no contar con los recursos de capital de sus homólogos, pero ese imperio nunca dejó de lado su autonomía y pudo compensar sus carencias financieras gracias a una expansión territorial que le

garantizó el acceso casi irrestricto a determinados recursos naturales. Como sintetiza Romaniello, “Rusia era posiblemente una parte de la periferia del Imperio Británico, pero era su propio imperio que se extendía a lo largo de Eurasia”. [130]

Esa condición se extendería y cumpliría un rol importante tanto en el diseño de la política exterior de la Unión Soviética como de la Rusia actual, a pesar de que el zarismo había terminado en 1917. Esto no debería ser una sorpresa: como sostienen Jane Burbank y Mark von Hagen, “incluso en Francia, el hogar de la república moderna, lo que se destronó en 1789 fue a la monarquía, no al imperio”. [131]

La construcción de un imperio antiimperialista

Como sucedió con otros aspectos de la vida social, la Revolución de 1917 supuso en principio una interrupción del legado zarista y, como parte de este, del imperialismo. La liberación de las naciones oprimidas y la autodeterminación de los pueblos eran cuestiones particularmente sensibles para los bolcheviques, en la medida en que el comunismo se presentaba como un proyecto internacionalista cuyos objetivos incluían el fin de la explotación del proletariado por parte de la burguesía y también el de la opresión de las naciones más poderosas por sobre las más débiles.

Al principio, la política sobre las nacionalidades del primer gobierno bolchevique intentó presentar al nuevo poder como antiimperialista. De hecho, Rusia perdería vastos territorios luego de la firma del tratado de paz de Brest-Litovsk con Alemania en 1918; el desconocimiento de la deuda y de los tratados diplomáticos del zarismo apuntaron en esa misma dirección. Desde el Comisariado de las Nacionalidades que lideró Stalin durante los primeros años de la Revolución, se fomentaron las lenguas y culturas nacionales, y se estimuló su integración dentro de una federación de repúblicas con igualdad de condiciones. El ascenso de Stalin, que tenía orígenes georgianos y no rusos, a esa posición de poder podía entenderse como un caso ilustrativo de una nueva era.

Sin embargo, en poco tiempo sus políticas viraron hacia una reposición del dominio ruso por sobre el resto de los diferentes pueblos y hacia una reconstrucción del territorio imperial. En 1921, por ejemplo, la República Socialista Soviética de Georgia, que estaba dominada por los mencheviques, fue sometida. A su vez, la reorganización territorial se realizó de acuerdo con una racionalidad económica que suponía que cada zona geográfica del país debía especializarse, con lo cual las grandes industrias y los órganos administrativos de coordinación quedaron situados en el centro.[132]

Los límites administrativos del Imperio Ruso se reactualizaron como producto de la herencia de una geografía mental que limitó bastante el margen de maniobra de los bolcheviques,[133] de tal manera que el periodista Leonid Parfiónov sostuvo que “la verdadera tragedia geopolítica del siglo XX no había sido la disolución de la Unión Soviética” –como había declarado Putin–, “sino su formación: reconstruir el Imperio Ruso con la estrella roja”. [134] Los sedimentos de la vieja política imperial pueden verse, por ejemplo, en el famoso pacto Ribbentrop-Mólotov de no agresión firmado entre Alemania y la Unión Soviética en agosto de 1939, que sirvió para reconfigurar las fronteras norte y centro del nuevo mapa europeo. Como señala el historiador Gabriel Gorodetsky, Stalin suscribió al acuerdo no tanto para ganar tiempo, sino porque estaba convencido de que alcanzar un segundo tratado –como estaba previsto, para reordenar la frontera sur– podía volver realidad un viejo anhelo del zarismo: el acceso al río Danubio que aseguraría una vía fluvial hacia Europa.[135] La Operación Barbarroja, que supuso el inicio de la invasión del territorio soviético por parte del ejército nazi en junio de 1941, lo impidió. Como sintetizan Burbank y Von Hagen,

los imperios como formas de Estado han sobrevivido a algunas entidades políticas que se autodenominaban imperios, e incluso han sobrevivido en estructuras de Estados que pretendían ser antimperiales. [...] El imperio como forma de Estado no pereció con la “Rusia imperial” de 1917.[136]

La condición imperialista que asumió la Unión Soviética tuvo dos dimensiones: una dirigida hacia dentro de su territorio y la otra, hacia fuera. Respecto de la primera, la narrativa oficial consideraba que el país era antiimperialista porque había otorgado derechos antes vedados a las diferentes naciones que lo componían. Además, como sostiene Agnia Grigas, “el hecho de que algunas repúblicas soviéticas pobres recibieran más recursos que los que aportaban ayudó a desafiar la noción de imperio aplicada a la Unión Soviética”. [137] En la práctica, sin embargo, se ejerció un fuerte dominio sobre las diversas nacionalidades no rusas que la

componían. Stalin desconfiaba de la lealtad de las minorías nacionales y no vaciló en purgar a dirigentes autóctonos, en deportar a grupos étnicos enteros –incluso antes del inicio de la Segunda Guerra, como sucedió con los coreanos reasentados en Asia Central– y, eventualmente, en crear condiciones que provocaran muertes masivas. El Cáucaso y Asia Central, por su parte, fueron regiones que estuvieron profundamente controladas; como justificativo, se recalca que habían sido liberadas e incorporadas a la Unión Soviética gracias a revoluciones antiimperiales.

Desde Moscú se efectuó una intensa campaña de rusificación en la que Rusia pasó a ser considerada una suerte de “hermana mayor” dentro de la gran familia soviética. El idioma ruso pasó a ser utilizado como lengua franca y el alfabeto cirílico reemplazó a los caracteres latinos de los idiomas que aún los conservaban. Las culturas, lenguas e historias de los pueblos no rusos fueron consideradas menores frente a esa avanzada, que se presentaba como inequívoca portadora de ilustración y desarrollo. El culto a dicha superioridad se basaba, en gran medida, en el viejo mito imperial de la grandeza del pueblo ruso.

No pocos estudios académicos realizados en el resto del mundo, por ejemplo, confiaron en el relato oficial y escribieron historias de la Unión Soviética en las que utilizaron indistintamente el gentilicio ruso como si fuera un sinónimo de soviético (pero no solo en ese ámbito; una exitosa canción argentina de la década de 1980 decía en una de sus estrofas: “Tengo a un ruso y a un yanqui dentro de mi habitación” para referirse a las dos potencias enfrentadas durante la Guerra Fría).[138] De modo paradójico, eso colaboró con el mito de una Unión Soviética antiimperialista, ya que narraciones de ese tenor silenciaban a las otras naciones y desconocían sus realidades, al tiempo que reforzaban el predominio nacional ruso. Como explica la investigadora Botakoz Kassymbekova,

la Unión Soviética adoptó una narrativa progresista que les daba voto a las naciones conquistadas por el Imperio Ruso y les otorgaba derechos nacionales dentro de la Unión Soviética. [...] Muchos universitarios occidentales creyeron la narrativa anticolonial que Moscú intentaba vender porque tomaban al pie de la letra las

proclamas oficiales y querían creer en la historia del antiimperialismo comunista. [Así,] la Unión Soviética también se convirtió en un espacio de proyecciones para quienes buscaban formas de criticar el capitalismo y el imperialismo occidental. [...] La violencia contra diversas nacionalidades y ciertos grupos étnicos era ignorada o tratada como un mal necesario de la transición al comunismo.[139]

Luego de la muerte de Stalin en marzo de 1953, se dejaron de lado algunas de sus estrategias respecto de las nacionalidades. Como sostiene Andreas Kappeler,

al menos en parte, regresaron algunas de las políticas de los años veinte: “indigenización”, cooperación con los comunistas no rusos en las repúblicas de la Unión, descentralización parcial y una política tolerante en materia de lengua y cultura.[140]

Sin embargo, los sucesores de Stalin no rechazaron totalmente al estalinismo: Moscú continuó siendo el centro de la toma de decisiones y desde allí se reforzó una segunda dimensión del imperialismo soviético, que fue la que proyectó más allá de sus propias fronteras.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, el país anexionó a las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania. Además, en 1955 se firmó el Pacto de Varsovia, que colocaba bajo la influencia económica y militar soviéticas a los países comunistas de Europa central y oriental. En plena Guerra Fría, lo que hizo la Unión Soviética no difirió demasiado de lo que hicieron las otras grandes potencias: “Mantener la seguridad interna, proyectar su poder hacia regiones vecinas para excluir rivales, promover sus intereses de política exterior y asegurar el acceso a recursos esenciales para su seguridad”.[141] En esa dirección deben entenderse las invasiones y represiones ejercidas por los soviéticos en Hungría –en 1956– y en Checoslovaquia –en 1968–, que buscaron poner fin a las políticas

reformistas allí esbozadas como una forma de alejarse de la enorme influencia ejercida por el Kremlin en las respectivas realidades nacionales.

El recuerdo del enorme desgaste que había significado la Gran Guerra Patria –como denominaron en la Unión Soviética a la Segunda Guerra Mundial– y el saberse en inferioridad de condiciones para sostener un enfrentamiento en el corto plazo hizo que la dirigencia comunista no recalentara la Guerra Fría y en la mayoría de los casos se limitara a responder provocaciones. Incluso en muchos de los acercamientos hacia los países recién descolonizados de África durante la década de 1960, el impulso no provino de los soviéticos, sino de los líderes del Sur Global que buscaban aprovechar a Moscú –como ocurrió, para citar un solo ejemplo, con el caso de Patrice Lumumba, líder del Movimiento Nacional Congoleño– y así quedar en mejor posición dentro de un orden mundial que castigaba la insubordinación a las políticas occidentales.[142] Esta última cuestión no es nada menor, ya que todavía hoy juega un rol importante en la construcción de imaginarios geopolíticos y en el mantenimiento de lazos político-afectivos con Rusia, en la medida en que se la considera heredera de la Unión Soviética y de lo que se suponía que encarnaba en términos de colaboración con las luchas de independencia de los países del Tercer Mundo.

La perestroika, finalmente, supuso un relajamiento del imperialismo sobre todo en lo que concernía a los vínculos con los países del Pacto de Varsovia. En efecto, hacia mediados de la década de 1980, el nuevo secretario general del Partido Comunista, Mijaíl Gorbachov, les hizo saber a los líderes del bloque comunista que la Unión Soviética no intervendría en los asuntos de esos países –como lo había hecho en el pasado con Hungría y Checoslovaquia– y les otorgó libertad de acción. En cuestiones internas, el dominio también se relajó, y las repúblicas pudieron ejercer su derecho a la separación, como sucedió con Ucrania y las repúblicas bálticas durante 1991, incluso antes de la disolución del país de los soviets. Estos últimos matices, sin embargo, no alcanzan para disimular el músculo imperialista que la Unión Soviética ejerció durante gran parte de su existencia y que no siempre se reconoce.

¿Qué hacer con el imperialismo ruso?

Luego de una década en la que el interés del gobierno ruso estuvo más concentrado en garantizar las condiciones para el reingreso irrestricto del capitalismo que en corregir desfases territoriales, la llegada al poder de Vladímir Putin supuso un cambio significativo. Como agente del servicio secreto de seguridad, Putin había sido formado bajo los principios del nacionalismo y la defensa de la patria más que en los ideales del comunismo. De esta manera, la disolución de la Unión Soviética fue percibida por él y por varios de los siloviki –los miembros de las fuerzas de seguridad que también accederían a posiciones de poder– como la “mayor catástrofe geopolítica del siglo XX”. [143]

Para ellos, la situación de la Rusia postsoviética podía compararse a la de la Alemania de 1919: no notaban grandes diferencias entre la humillante posición a la cual había sido relegado ese país luego de la firma del Tratado de Versalles y aquella en que habría quedado Rusia luego de 1991. Como sostiene el investigador Riccardo Nicolosi, el discurso oficial ruso de las últimas décadas estuvo alimentado por una intensa economía emocional del resentimiento, que ayudó a moldear una narrativa dominada por la paranoia y centrada en varios tópicos significativos: las pérdidas territoriales, el odio contra Rusia y el convencimiento de que el país no había sido más que una víctima de diversos ataques a lo largo de la historia –(sobre todo por parte de Occidente –Suecia, Alemania, OTAN, etc.–, pero también de otros frentes como el mongol, en el siglo XIII–). Estos daños debían ser reparados de inmediato para que Rusia pudiera recuperar su histórico rol de grandeza. Así, “en sus discursos el presidente ruso ha consistentemente presentado a Rusia como un país que ha sufrido una profunda injusticia y que ha sido repetidamente insultado y engañado por el ‘Occidente colectivo’”. [144]

Dentro de ese marco puede entenderse la anexión de la península

de Crimea en 2014, que hasta ese momento pertenecía a Ucrania – una de las antiguas repúblicas soviéticas– y que aún en nuestros días la comunidad internacional reconoce como parte del territorio ucraniano. El Kremlin también mantiene una presencia constante en otros espacios no rusos como la República de Transnistria, un pequeño Estado de facto ubicado entre Ucrania y el río Dniéster. Si bien el gobierno ruso lo reconoce como parte de Moldavia, aún mantiene allí fuerzas militares. Estas acciones, entre muchas otras, estuvieron acompañadas de un discurso oficial que, con el objetivo de legitimarlas, resaltaba, por un lado, los supuestos fundamentos históricos que había detrás y, por el otro, la responsabilidad de Occidente en poner en peligro la seguridad y la integridad de Rusia. En 2018, el entonces primer ministro Dmitry Medvédev sostenía que la entrada de Georgia –otra ex república soviética– a la OTAN podría traer consecuencias devastadoras y desencadenar un enfrentamiento bélico.[145]

La invasión a Ucrania iniciada por el Kremlin el 24 de febrero de 2022 se ha convertido en el paso más osado que Rusia se atrevió a dar dentro de esta historia de disputas territoriales desplegadas en el espacio postsoviético. La justificación que brindó el gobierno ruso combinó argumentos afines a aquellos que ya mencionamos: la reparación de injusticias pasadas y, a la vez, la defensa ante las amenazas occidentales. Así lo sostuvo Putin en las diferentes intervenciones públicas al respecto: la “operación militar especial” – el eufemismo elegido por el Kremlin para referirse a la invasión– tenía el objetivo de, por un lado, evitar que la OTAN hiciera su ingreso en el territorio ucraniano y, por el otro, reparar el daño causado por Lenin y los bolcheviques de haber “inventado” a Ucrania y haber sido responsables de separar a pueblos y territorios que por derecho histórico deberían permanecer unidos.

A tono con ese posicionamiento, la Iglesia ortodoxa no se quedó atrás y, durante el Segundo Foro del Consejo Mundial del Pueblo Ruso celebrado en Sebastopol en julio de 2024, propuso el reconocimiento legislativo de la trinidad del pueblo ruso –rusos, bielorrusos y ucranianos– y la introducción de enmiendas en el Código Penal de la Federación para castigar su desacreditación. [146]

Por fuera de las declaraciones y justificaciones forzadas, queda claro que la invasión rusa a Ucrania ha dado lugar al mayor conflicto bélico en territorio europeo desde la Segunda Guerra Mundial y ha abierto la temeraria posibilidad de que el enfrentamiento pueda derivar hacia el uso de armamento atómico y el involucramiento de otros países.

Más allá de su resultado final, lo interesante es que este evento ha revigorizado el debate sobre si Rusia es un país imperialista o si, por el contrario, se trata de una víctima del imperialismo occidental que estaría ejerciendo su derecho a la “legítima defensa”. Para un significativo grupo de investigadores, la Rusia actual no sería imperialista ya que se trata de un país semiperiférico cuya economía se basa principalmente en la exportación de materias primas y cuyo capital financiero tuvo escaso desarrollo. Ante esta situación, no estaría en condiciones de explotar a otros países periféricos ni de saquear sus recursos, como hacen las potencias imperialistas. Es decir, carecería de los móviles económicos que requiere el imperialismo. Por el contrario, según estas interpretaciones, “dado que los intereses de Rusia son sistemáticamente ignorados por los poderes imperialistas, [...] si Rusia es algo, es una víctima del imperialismo”. [147]

Sin embargo, cuando dejamos de lado el énfasis en lo económico, observamos que “el imperialismo moderno tiene una agenda más ambiciosa de controlar esferas de influencia, y descansa en un repertorio de medios más diverso [como] campañas militares cortas, intervenciones y operaciones especiales”. [148] Así, excede la mera práctica del colonialismo económico y supone la habilidad de un centro para formular sus intereses nacionales en claves imperiales, en un contexto de capitalismo monopólico donde esos territorios son significativos no tanto por lo que encarnan en sí mismos, sino por lo que pueden significar como eventuales valores dentro de la competencia interimperialista. En ese sentido, como sostiene Ilyá Matveev, Rusia puede ser considerada imperialista ya que su lógica apunta a “dominar el espacio postsoviético para el beneficio del Kremlin y sin la interferencia de Occidente”. [149]

El presidente Putin considera que el enfrentamiento con Occidente es necesario para desarticular sus planes de desestabilización en la

región manifestados en las “revoluciones de colores” (como se conoce a las revueltas llevadas a cabo en diversos países que pertenecían a la URSS, como Georgia en 2003 –“Revolución de las Rosas”– y Ucrania en 2004 –“Revolución Naranja”–), razonamiento que supone que las movilizaciones populares solo pueden ser producto de la influencia occidental y no de una genuina necesidad de protesta por parte de la ciudadanía.[150] En este sentido, los móviles del Kremlin noson tanto económicos como políticos: desde su expansión iniciada en 2014 con la anexión de Crimea, Rusia ha ido sumando diversos reveses económicos como sanciones y pérdidas de mercados, y eso no ha significado una merma en dicha política expansionista.

Ahora bien, la invasión significó el fin de la “inocencia imperial” y la explicitación de los componentes imperialistas de la política exterior de Moscú. Más aún, este nuevo accionar del Kremlin fortaleció un mito ampliamente difundido en la sociedad rusa vinculado a la idea de la “misión salvadora”. “Si los discursos imperiales británico y francés estaban basados en la premisa de la misión civilizatoria, el discurso imperial ruso funciona bajo la premisa de la liberación: Rusia no solo civiliza, sino que además libera a los colonizados de la opresión externa”. [151] Dentro de esta lógica mistificadora puede entenderse la insistencia de Putin en “desnazificar” a los ucranianos y en la necesidad de que, una vez limpios de elementos ajenos, regresen al seno ruso: Ucrania precisa de un “hermano mayor” que la proteja y, llegado el caso, la libere de la latente amenaza occidental.

Esto último se relaciona con una de las tantas estrategias que el Kremlin utiliza para reactualizar el histórico mandato imperial ruso. Nos referimos al discurso sobre los “compatriotas rusos” sobre el que Putin hace constante hincapié. La frase que sigue al famoso discurso en el que el presidente ruso reconoce que la disolución de la Unión Soviética fue la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX no es tan famosa, pero es igual de significativa en ese sentido: “Para la nación [...] fue un verdadero drama. Decenas de millones de nuestros ciudadanos y compatriotas se encontraron afuera del territorio ruso”. [152]

Como explica la investigadora Agnia Grigas,

esta diáspora rusa, reconstruida políticamente por Moscú como compatriotas, [...] se ha convertido en el instrumento de los objetivos neoimperiales rusos. [...] Desde los años dos mil, las políticas de Moscú han aprovechado la existencia de compatriotas rusos, particularmente rusos étnicos y hablantes de ruso, para ganar influencia y desafiar la soberanía de otros Estados y a veces tomar esos territorios.[153]

El discurso de “los compatriotas rusos” es funcional al expansionismo del Kremlin, como queda demostrado en el uso del término ruso sootchestvennik –podría traducirse como “aquellos que están con la patria”–, que ha ido mutando como significante: en un primer momento, aludía a los rusos étnicos y luego pasó a designar a cualquiera que haya vivido en la Unión Soviética, más allá de su origen étnico o de su idioma.[154]

En ese sentido, también se destaca el uso de lo que la investigadora Jade McGlynn definió como “diplomacia de la memoria”, estrategia con la cual un Estado busca mejorar su reputación internacional exportando prácticas conmemorativas que permitan aliar sus propios relatos históricos con los de otros países. En el caso ruso, se trata de propiciar una visión positiva de la nación con el objetivo de obtener aliados de la memoria en vez de enemigos. Tal vez el ejemplo más significativo de este tipo de diplomacia esté relacionado con las conmemoraciones de la Segunda Guerra Mundial –que, como vimos, en Rusia se denomina Gran Guerra Patria–, incluida una práctica como el “Regimiento Inmortal”, que consiste en que familiares y descendientes de personas muertas durante el conflicto bélico marchen con sus fotografías durante el Día de la Victoria y que suele incluir al propio Putin entre sus filas. Esta marcha se ve replicada a lo largo del planeta –entre otros muchos países, en la Argentina, desde 2016, y en Brasil, desde 2017– con el objetivo de instalar una –selectiva– memoria del pasado soviético cooptada sobre todo por su componente militar. Como sintetiza McGlynn, “estos esfuerzos adquieren renovada importancia cuando las interpretaciones sesgadas de la historia y la justicia histórica desempeñan un papel tan destacado en la

justificación rusa de su guerra contra Ucrania”.[155]

Otra de las estrategias desplegadas por el Kremlin es la caracterización de Rusia como una de las pocas civilizaciones específicas que habitan el mundo, cuya existencia estaría garantizada por la continuidad milenaria del Estado ruso. En ese sentido, como sostiene Ilyá Budraitskis, “Vladímir Putin vive en el mundo que imaginó Samuel Huntington en su libro El choque de civilizaciones”,[156] que predecía la división del planeta en ocho civilizaciones definidas por su cultura política y normas ético-religiosas que, en función de esas diferencias, tenderían al enfrentamiento.

Resulta elocuente que este enfoque no sea nuevo: en su libro Rusia y Europa, publicado en 1869, el pensador conservador ruso Nikolay Danilevsky percibía al choque entre las civilizaciones occidental y rusa como un fenómeno ancestral e insuperable. Como señala Boris Kagarlitsky, “cien años antes de la publicación del libro de Huntington, Danilevsky sostenía que Rusia, como portadora de las ideas de disciplina y orden, necesitaba aplastar a Occidente, portador de la idea destructiva de libertad”.[157]

Putin retoma estos argumentos y los explota en función de sus planes imperialistas, aun si para ello necesita forzar evidencia histórica, negar una historia común de intercambios e influencias entre los pueblos que habitan la tierra y apelar a un discurso esencialista. Según esa concepción, las personas que “malinterpreten” la historia rusa pueden ser acusadas de “prooccidentales” o incluso pueden ser sancionadas como “agentes extranjeros”, lo que demuestra que para el Kremlin siguen vigentes las categorías heredadas de la Guerra Fría.[158] En ese sentido, también se multiplicaron los casos de los “guardianes del relato” y llegaron a niveles insólitos, como sucedió en 2024 con la propuesta de Muslim Juchiev –ex primer ministro de Chechenia– de prohibir la enseñanza de las teorías de Darwin en las escuelas[159] o el intento de Vitali Borodin –un entusiasta activista a favor del Kremlin– de que la figura de Papá Noel sea también incluida dentro de la categoría de “agente extranjero”. [160] Sin ir más lejos, en enero de 2025 el político Evgueni Stupin –que sostiene posiciones en contra de la guerra– denunció en su canal de Telegram que en la

región de Yaroslavl habían querido detener a un hombre disfrazado de Papá Noel durante un festejo callejero por “incumplir las medidas de seguridad contra el terrorismo”. [161]

Nada queda librado al azar dentro de esa operación y todos los esfuerzos apuntan a cerrar filas alrededor de esa idea. Para poner un solo ejemplo, el nombramiento en 2023 de Valery Gerguiev como director artístico del Teatro Bolshói de Moscú, que se suma al mismo cargo que ya venía ejerciendo en el Teatro Mariinski de San Petersburgo, apunta a unificar un discurso oficial en torno a esa idea en dos de los teatros más importantes del país. Gerguiev es el director de orquesta ruso más célebre en la actualidad y, desde hace tiempo, sostiene un discurso nacionalista y favorable al Kremlin que se puso de manifiesto no solo en la elección de sus repertorios sino también en sus intervenciones públicas, como lo demuestra la carta abierta que firmó en 2014 junto con otros artistas a favor de la anexión de Crimea o la dirección de un concierto en la ciudad de Palmira en 2016, lo cual ayudó a destacar el rol jugado por Rusia en el conflicto sirio. En los medios se lo suele presentar como “amigo de Putin”. Según sostiene el musicólogo Simon Morrison ante el insólito caso de que una misma persona esté a cargo de los dos teatros líricos más importantes de Rusia, “el rol de Gerguiev se vuelve equivalente al que existía en la Rusia del siglo XIX en la forma del director del Teatro Imperial”, y se espera que el Bolshói adquiera una dirección más conservadora e imperialista en línea con las ambiciones geopolíticas de Putin. [162]

Lo expresado anteriormente nos permite reinterpretar las constantes diatribas que el presidente ruso lanza contra Occidente en general y los Estados Unidos en particular. Putin no rechaza el componente imperialista y capitalista del país norteamericano, lo cual podría verse como una reivindicación de la herencia soviética. Por el contrario, lo que el presidente ruso rechaza es que Washington no trate a Moscú en igualdad de condiciones, ni permita que Rusia también se comporte como una potencia imperialista.

Además, las críticas que Putin realiza a Occidente tienen que ver con lo que considera como un tráfico de valores y conductas indeseables. Según explica Ilyá Budraitskis,

en la nueva interpretación de Putin de la corriente antiestadounidense, la cuestión no reside en que el consumismo debilita a la unidad de la nación, sino en todo lo contrario. [...] Actualmente, es improbable que alguien detecte un complot estadounidense en el excesivo deseo por el lujo de la élite rusa o en la alta y amenazante dependencia de la población del crédito. Hoy, el peligro proviene desde otro lado: desde la homosexualidad y el feminismo, que supuestamente destruyen a la familia tradicional. [163]

Con esa particular composición del discurso antiestadounidense, Putin legitima su intervención imperialista: la expansión territorial y la tutela sobre los países vecinos son necesarias tanto para prevenir la amenaza occidental como para evitar la decadencia de valores que supone su presencia, tópico que la élite política no se cansa de denunciar. Baste un solo ejemplo contemporáneo. En julio de 2024, varios dirigentes rusos se refirieron a la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos celebrados en París para reafirmar su visión de una civilización occidental decadente. María Zajárova –la vocera del canciller ruso– expresó en su canal de Telegram que “la antorcha olímpica fue portada por un rapero drogadicto” y que en la capital francesa “habían convertido a los anillos olímpicos en un desfile del orgullo gay”. [164] En lo que respecta específicamente al caso ucraniano, Putin considera que la

identidad nacional de los ucranianos es una construcción artificial creada por los enemigos [y,] una vez separado de Rusia, el débil Estado ucraniano cayó inevitablemente presa de las hostiles fuerzas occidentales que le inyectaron su ideología rusófoba y la utilizaron como un “ariete” para debilitar a Rusia. [165]

Como explica Claudio Ingerflom, el plan del Kremlin consiste en

reordenar el mundo sobre la base de nuevos valores[, y] Rusia ambiciona ser la potencia-líder y el actor principal de un resto del mundo que será más poderoso que Occidente[, al contar con] verticalismo rígido del Ejecutivo, restricción de libertades políticas y rechazo de la pluralidad de valores.[166]

De esta manera, el orden multipolar vociferado por Moscú no garantizaría necesariamente un orden internacional más justo y democrático, sino una disputa por el liderazgo de su reordenamiento bajo el parámetro de valores conservadores.

Entonces, ¿qué hacer frente al (actual) imperialismo ruso? Como en los casos anteriores, es necesario dejar de lado móviles emocionales y viejas categorías analíticas que pueden llevar a sostener, por un lado, que la intervención que el Kremlin está llevando adelante en Ucrania es concebible únicamente como una acción defensiva frente a la constante presión ejercida por la OTAN –y no como una acción imperialista– y, por el otro, que Putin es un líder antiimperialista que busca “desnazificar” a Ucrania y salvar a sus compatriotas.

En estas posiciones se nota la ineludible influencia de la propaganda emitida por el Kremlin: son atribuibles una simplificación analítica heredera de la Guerra Fría, que promueve un campismo –la valoración de cualquier conflicto internacional o nacional en términos geopolíticos conforme a la idea de que el mundo se divide en “campos” políticos– que no hace más que lesionar el accionar de aquellos que bregan precisamente por un mundo no imperialista. Como explica Pablo Stefanoni,

el campismo favorece una valoración puramente geopolítica de todo tipo de conflicto global (e incluso local). [...] Eso reemplaza la solidaridad internacionalista por una visión que desprecia a poblaciones enteras en función de una supuesta (y a menudo fantástica) modificación de las relaciones de fuerza internacionales. [167]

En ese sentido, es importante rescatar el aporte de Joey Ayoub y otros autores cuando sostienen que

la historia muestra que el campismo “antiimperialista” refuerza a los regímenes de derecha autoritarios y represivos. Creemos que el campismo debe dejar paso a un genuino internacionalismo de fuerzas democráticas de izquierda y antiautoritarias, incluso si sus voces son más débiles que la propaganda de dictadores luchando por un “mundo multipolar”. [168]

Hoy en día, nadie duda de los efectos nocivos que tuvo para el orden internacional el comportamiento de la OTAN luego de 1991 ya que, pese a haber nacido como una alianza “defensiva”, no ha dejado de expandirse e incorporar miembros, a pesar de que la Unión Soviética ya se había disuelto: para citar solo unos casos, en 1999 se unieron a ese bloque Polonia, Hungría y la República Checa, todos antiguos países del Pacto de Varsovia. Sin embargo, la crítica a las diferentes formas de imperialismo desplegadas por las potencias occidentales no debe hacernos caer en una idealización de las experiencias del pasado. Ahora bien, tampoco debe llevarnos a una negación de las realidades del presente en función de ciertos posicionamientos geopolíticos y de posturas abstractas como “no hacerle el juego al imperialismo occidental”, ya que estos impiden cualquier tipo de autocrítica que nos permita avanzar en la construcción de alternativas políticas.

Es momento de dar vuelta la constatación de Kassymbekova, para quien “las discusiones sobre el imperialismo ruso han sido pasadas por alto, mientras que los imperialismos estadounidense, británico y francés han sido estudiados cercana y minuciosamente”. [169] La evaluación del imperialismo no puede dejar de ser global y no debería ser selectiva en nombre de motivos geopolíticos o emocionales. Una comprensión crítica del fenómeno solo puede lograrse si, junto con otros ejemplos clásicos como el estadounidense y el inglés, incluimos también el caso ruso.

[117] Ver, por ejemplo, “Lula Talks to TIME About Ukraine, Bolsonaro, and Brazil’s Fragile Democracy”, Time, 30/5/2022, <n9.cl/90x22> .

[118] Ver también <n9.cl/a95ai> .

[119] Philippe Braillard y Pierre de Senarclens, El imperialismo, Buenos Aires, FCE, 1989, p. 10.

[120] Boris Kagarlitsky, From Empires to Imperialism. The State and the Rise of Bourgeois Civilisation, Nueva York, Routledge, p. 3.

[121] Boris Kagarlitsky, Empire, ob. cit., p. 89.

[122] John Le Donne, Forging a Unitary State. Russia’s Management of the Eurasian Space, 1650-1850, Toronto, Toronto University Press, p. 9.

[123] Nancy Shields Kollmann, The Russian Empire, 1450-1801, Oxford, Oxford University Press, 2017, p. 2.

[124] Richard Taruskin, Defining Russia Musically. Historical and Hermeneutical Essays, Princeton, Princeton University Press, 1997, p. 154.

[125] Francis Maes, A History of Russian Music. From Kamarinskaya to Babi Yar, Berkeley, University of California Press, 2002, p. 80.

[126] Masha Kirasirova, The Eastern International. Arabs, Central Asians, and Jews in the Soviet Union’s Anticolonial Empire, Oxford, Oxford University Press, 2024, p. 4.

[127] Irina Novikova, “The Provisional Government and Finland: Russian Democracy and Finnish Nationalism in Search of Peaceful Coexistence”, en Jane Burbank, Mark von Hagen y Anatolyi Remnev (eds.), Russian Empire. Space, People, Power, 1700-1930, Bloomington, Indiana University Press, 2007, p. 410.

[128] V. I. Lenin, El imperialismo, fase superior del capitalismo, en

Obras escogidas en 3 tomos, ya citadas, t. 1, pp. 719-834.

[129] V. I. Lenin, “La guerra y la socialdemocracia rusa”, *ibíd.*, pp. 701-709.

[130] Romaniello, *Enterprising Empires*, *ob. cit.*, p. 2.

[131] Jane Burbank y Mark von Hagen, “Coming into the Territory: Uncertainty and Empire”, en Burbank, von Hagen y Remnev (eds.), *ob. cit.*, p. 15.

[132] Ver Francine Hirsch, “State and Evolution: Ethnographic Knowledge, Economic Expediency, and the Making of the USSR, 1917-1924”, en Burbak, von Hagen y Remnev (eds.), *ob. cit.*, pp. 139-168.

[133] Ver Hanna Perekhoda, “When the Bolsheviks Created a Soviet Republic in the Donbas”, *Jacobin*, 22/3/2022, <n9.cl/9kb04>.

[134] Entrevista de Leonid Parfiónov con Iury Dud, vDud, 28/12/2022, <n9.cl/q9cs2>.

[135] Ver Gabriel Gorodetsky, *Grand Delusion. Stalin and the German Invasion of Russia*, New Haven, Yale University Press, 1999.

[136] Burbank y von Hagen, *cit.*, p. 2.

[137] Agnia Grigas, *Beyond Crimea. The New Russian Empire*, New Haven, Yale University Press, 2016, p. 34.

[138] El tema es “Tirá para arriba”, incluido en el disco *Tengo que parar*, editado por la banda Miguel Mateos/Zas en 1984.

[139] Botakoz Kassymbekova, “How Western Scholars overlooked Russian Imperialism”, *Aljazeera.com*, 24/1/2023.

[140] Andreas Kappeler, *The Russian Empire. A Multiethnic History*, Nueva York, Routledge, 2001, p. 382.

[141] Kirasirova, *ob. cit.*, p. 8.

[142] Westad, *La Guerra Fría*, ob. cit.

[143] Como lo sostuvo en su discurso anual ante la Asamblea Federal de Rusia en 2005. Ver <[n9.cl/pd61dm](#)>.

[144] Ver Riccardo Nicolosi, “Paranoia, Resentment, and Reenactment: The Russian Political Discourse on the War in Ukraine”, *Ab Imperio*, 3, 2022, p. 254.

[145] “Medvedev predupredil NATO ob opasnosti priemi Gruzy v organizatsiiu”, *Izvestia*, 7/8/2018, <[n9.cl/zb8j8e](#)>.

[146] “Navserossiysskom forume VRNS ‘Russky mir’ predlozhili priniat zakon o triedintsvie russkovo naroda”, en *Krasnoiarskaia eparjia Russkoy pravoslavnoy Tserkvi*, 30/7/2024, <[n9.cl/u8it3](#)>.

[147] Anatoly Kropivnitsky, “Putinskaia Rossiia i periferiyny imperializm”, *Posle*, 20/12/2024, <[n9.cl/aj4tm](#)>.

[148] Íd.

[149] Ilya Matveev, “The War in Ukraine and Russian Capital: From Military-Economic to Full Military Imperialism”, en AA.VV., *The War in Ukraine and the Question of Internationalism*, Londres, Alameda Institute, 2023, p. 28.

[150] *Ibíd.*, p. 29.

[151] Botakoz Kassymbekova y Marlene Laruelle, “The End of Russia’s Imperial Innocence”, *Rusia Post*, 25/5/2022, <[n9.cl/6ra90](#)>.

[152] Putin, discurso ante la Asamblea Federal, 2005, cit.

[153] Grigas, ob. cit., p. 17.

[154] *Ibíd.*, p. 109.

[155] Jade McGlynn, *Memory Makers. The Politics of the Past in Putin’s Russia*, Londres, Bloomsbury, 2023, p. 122.

[156] Budraitskis, *Dissidents*, ob. cit., p. 30.

[157] Kagarlitsky, *From Empires*, ob. cit., p. 15.

[158] McGlynn, ob. cit., pp. 107-111.

[159] “Eks-premier Chechni prizval zapretit vshkolaj teorii Darvina”, Telekanal, 19/9/2024.

[160] “V Rossii potrebovali priznat ‘inoagentom’ Santa-Klausa, obviniv evo v ‘rasruschenii traditsionyj tsennostey’”, *Novoe Vremia*, 12/9/2024.

[161] Ver <t.me/evstupin/5067>.

[162] Pjotr Sauer, “Putin’s Loyalist Valery Gergiev Installed as Director of Bolshoi Theatre”, *The Guardian*, 1^o/12/2023, <n9.cl/rqriy3>.

[163] Budraitskis, *Dissidents*, ob. cit., p. 64.

[164] Ver <n9.cl/wxah1>.

[165] Hanna Perekhoda, “The 19th Century Origins of Russia’s Fixation on Ukraine: Strengthening Global Influence and Securing Domestic Stability”, *Russian History*, 50, 2023, p. 287.

[166] Ingerflom, *El dominio del amo*, ob. cit., pp. 155 y 167.

[167] Pablo Stefanoni, “Contra la izquierda ‘tanquista’”, *elDiarioAR*, 6/3/2022, <n9.cl/mh808>.

[168] Joey Ayoub, Dana El Kurd, Leila Al-Shami y Romeo Kokriatski, “Vzgliad na antiimperializm s periferii”, *Posle*, 17/8/2024, <n9.cl/gm55k>.

[169] Kassymbekova, “How Western Scholars”, cit.

Epílogo

¿Qué hacer con Rusia hoy?



Luego de que se conociera la decisión del Kremlin de invadir a Ucrania en febrero de 2022, en diversos países de Europa se observaron diferentes actos de cancelación de artistas rusos y rechazos hacia algunas producciones culturales provenientes de ese país. El 25 de febrero, por ejemplo, la Unión Europea de Radiodifusión emitió un comunicado en el que informaba que los participantes rusos no debían intervenir en el célebre concurso de canciones de Eurovisión.[170] A la vez, para citar otro caso, la prestigiosa Royal Opera House rescindió el contrato para la gira que el no menos prestigioso Ballet del Teatro Bolshói tenía pensado realizar ese año. El colmo del asunto llegó cuando la Universidad de Milán-Bicocca quiso posponer unas conferencias sobre Fiódor Dostoievsky que el profesor Paolo Nori debía dictar allí. En este caso, a diferencia de los anteriores, la presión de profesores y alumnos obligó a la casa de estudios a dar marcha atrás en su decisión.[171] Sin embargo, las cancelaciones continuaron: el 9 de marzo la Orquesta Filarmónica de Cardiff anunció que no era el “momento apropiado” para tocar la música de Piotr Chaikovsky, y su Obertura 1812 –una composición de 1880– fue reemplazada en el programa por obras de Edward Elgar y Antonín Dvořák.[172] Transcurridos más de dos años de iniciada la invasión, en junio de 2024 el servicio de streaming musical Spotify decidió remover de su plataforma los perfiles de los músicos rusos que estaban a favor de la guerra, como Polina Gagárina y Shaman, entre otros.

Las cancelaciones no quedaron reducidas al ámbito artístico, sino que se extendieron también hacia otros, como el académico, el deportivo e incluso a la vida cotidiana. La Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA), por ejemplo, suspendió en febrero de 2022 la participación de los seleccionados rusos masculino y femenino en cualquiera de las competencias internacionales que la entidad organiza. Por su parte, si bien el Comité Olímpico Internacional (COI) no está de acuerdo con “discriminar a ningún atleta sobre la base de su nacionalidad”, obligó a que los pocos deportistas rusos –y también bielorrusos– que participaban en los ya mencionados Juegos Olímpicos de 2024 lo hicieran bajo la etiqueta de “atletas individuales neutrales”. [173] En la Argentina, a su vez, se llegaron a dar situaciones risibles, como la cancelación del gusto

crema rusa en una heladería[174] o la eliminación de la ensalada rusa del menú en un restaurante cordobés.[175]

La lista podría continuar, pero ya es altamente significativa respecto de uno de los modos a través del cual se articuló en los últimos tiempos –y aún se articula– el vínculo con Rusia, no solo en la Argentina, sino también en el resto del mundo, y en especial desde posiciones cercanas a la derecha: la expansión de un sentimiento antirruso y el rechazo visceral hacia todo lo que ese país pueda representar. Como hemos visto a lo largo del libro, esa salida es consecuencia de un complejo entrecruzamiento de una visión reduccionista de la historia y la cultura de un país con el despliegue de factores emocionales y la utilización de categorías aún enraizadas en la Guerra Fría.

Más allá de los posicionamientos políticos de los artistas, académicos y deportistas, de sus talentos y de su propia subjetividad, la opción cancelatoria niega cualquier posibilidad de agencia para unos sujetos que estarían condenados a expresar la esencia rusa de por vida: asocian la portación de esa nacionalidad con las decisiones que toma su dirigencia política. Más aún, esa postura suele potenciar las posiciones del gobierno ruso, ya que este suele utilizarla como una excusa para victimizarse –“el mundo no nos quiere”– y para justificar sus acciones belicistas –“tenemos que defendernos”–. Las visiones esencialistas levantan muros, obstruyen nuestra mirada y no permiten distinguir, por ejemplo, el enorme abismo que separa a un veterano dictador belicista de un joven pianista pacifista. En efecto, “no hay que confundir el régimen de Putin con Rusia”, según sostuvo el político Vladímir Kará-Murzá – encarcelado por el putinismo en 2023– en una conferencia de prensa brindada en agosto de 2024, luego de ser liberado gracias a un intercambio de prisioneros.

Otro de los modos que asume el vínculo con el gigante euroasiático está asociado a la diseminación de la propaganda realizada por el Estado ruso a través de su aceitado sistema de medios globales: esta proyecta una imagen que glorifica a Rusia en general y reivindica a Vladímir Putin en particular. Como vimos, la absorción acrítica de esa información permite, por ejemplo, que el presidente ruso pueda ser visto como un líder de un país antiimperialista al cual se debe

eximir de críticas con la excusa de que cualquier invectiva es “hacerle el juego al imperialismo occidental”. A su vez, la construcción de una imagen idealizada de Putin no deja percibir al presidente real, que persigue opositores y disidencias sexuales, y cuyas críticas hacia los Estados Unidos y Occidente están movilizadas más por su rechazo al multiculturalismo y la agenda climática que por el imperialismo propiamente dicho. Una vez más, al estar mayormente apoyadas sobre bases emocionales y categorías heredadas del siglo pasado –y no tanto en factores analíticos–, estas visiones aprovechan incluso la ambigua relación que el presidente mantiene con el pasado soviético para producir paradojas políticas y alianzas incómodas.

¿Qué hacer, entonces, con Rusia? Como vimos, se trata de una entidad histórica y cultural que es tan variable y compleja como cualquier otra dentro del sistema mundial y que, como cualquiera de ellas, es irreductible a una única ideología, a un solo líder político o un determinado posicionamiento geopolítico. Como ha demostrado la antropología, “cultura” es un concepto que conviene ser pensado en términos de problemas y desde una perspectiva que incluya tanto su dinamismo como su componente histórico y su relación con el afuera. Si la cultura de una época es una unidad abierta y en ella “están latentes las enormes posibilidades de sentido que quedaron sin descubrir, sin comprender y sin aprovechar a lo largo de toda la vida histórica”, [176] no se trata de trasladarnos “literalmente” hacia una cultura ajena para comprenderla mejor. Por el contrario, lo que resulta fundamental para una comprensión creativa es activar lo que Mijaíl Bajtín denomina como “extraposición” (vnenajodimost). Las cosas cobran sentido del todo cuando son vistas y comprendidas por los otros, gracias a su ubicación extrapuesta en el espacio. Así, una cultura se manifiesta de manera más completa y profunda solo a los ojos de otra, una vez que supera el carácter cerrado y unilateral de sus sentidos. Como concluye Bajtín, “en ese encuentro dialógico, las dos culturas no se funden ni se mezclan sino que cada una conserva su unidad y su totalidad abierta, pero ambas se enriquecen mutuamente”. [177] De esta manera, explorar la enorme tradición cultural desplegada en ese país no solo nos ayudaría a comprenderlo, sino también a entender mejor nuestro propio lugar en el mundo.

Desde el siglo XIX, gran parte del arte y de las producciones intelectuales en Rusia portaron una misión: ser un espacio de debate político y filosófico capaz de canalizar las aspiraciones democráticas de la sociedad en medio de un contexto dominado por el autoritarismo y la censura. A veces jugándose la vida o poniendo en riesgo su libertad, los artistas y los intelectuales produjeron obras que excedieron el mero objetivo estético. Es por ello que podemos sostener que muchos de ellos pertenecieron a la *intelligentsia*, ese grupo social que no solo se dedicó al trabajo intelectual y creativo, sino también a la resolución de los problemas fundamentales de Rusia, postulándose así como la conciencia social de su país. A sus miembros les debemos la existencia de una riquísima y vasta tradición cultural y artística, cuyas obras exceden la simple contemplación o el mero entretenimiento y suponen un insumo central para pensar al mundo contemporáneo. En una dirección contraria a la política de cancelaciones culturales, muchas de las producciones de ese enorme legado cultural y artístico –que hoy es retomado por la Resistencia Feminista Antigüerra, Andrey Lochak y Viktoria Lomasko, entre muchos otros– se podrían interpretar como una condena de las atrocidades de la guerra y, en igual medida, como un llamado de atención respecto del despliegue de regímenes dictatoriales, en Rusia o en el resto del mundo.[178]

La recuperación del legado artístico y cultural, sin embargo, no es la única opción a través de la cual podemos resolver de manera más enérgica nuestro vínculo con Rusia. Un caso como el ruso también nos permite rescatar el eco que aún se deja oír de la experiencia que abrió la Revolución de 1917. Si, como sostiene Enzo Traverso, “comunismo es una palabra ambigua [que], históricamente entendida, no es ni un tipo ideal ni realmente un concepto, sino más bien una metáfora de múltiples eventos y experiencias [en que] la Revolución de Octubre era su matiz común”,[179] resulta vital reconducir nuestra mirada hacia ese evento fundamental para la tradición de izquierda.

Si dejamos de lado algunos de los modos que pueden obstaculizar el rescate de ese legado –como la recuperación despolitizada propuesta por el gobierno ruso, la reivindicación acrítica que hace la izquierda y los consumos irónicos desperdigados por todo el mundo–, se podría propiciar un encuentro crítico con esa

experiencia y proveer insumos creativos que aún inviten a pensar las formas que asumiría una sociedad emancipada. “Las utopías fluyen: como los ríos, canalizan fuentes diversas y arrastran sedimentos. Al igual que sucede en las biografías, hay un caudal prehistórico, que empieza mucho antes de una idea de nacimiento”. [180]

La cuestión estriba en dejar de lado los dogmas de la Guerra Fría y de comprender los cambios en el mundo contemporáneo y las formas en que desde aquí nos vinculamos con él. De esa manera, no solo se podrá evitar el constante malentendido respecto del pasado comunista ruso, sino que también resultará más sencillo sortear los impulsos a favor del imperialismo a través de la justificación de una invasión militar y aquellos que lesionan las esperanzas de un mundo menos opresivo a partir del apoyo hacia un dictador. Como concluye Traverso,

las revoluciones del siglo XXI se verán obligadas a reinventarse, a distanciarse de los patrones anteriores. Crearán nuevos modelos, nuevas ideas y una nueva imaginación utópica. Esa reconstrucción no será una tarea fácil [en la medida en que] la nueva generación ha crecido en un mundo neoliberal en el que el capitalismo se ha convertido en una forma “natural”, casi ontológica de vida. [...] Una nueva izquierda global no tendrá éxito sin “asimilar” esa experiencia histórica. Extraer el núcleo emancipador del comunismo de ese campo en ruinas no es una operación abstracta puramente intelectual; necesitará nuevas batallas.[181]

En esa tarea de asimilación crítica y, a la vez, de imaginación creativa, una revisión honesta y rigurosa de ese pasado revolucionario ruso puede no solo reconducir el vínculo con Rusia, sino también ayudar a ganar esas nuevas batallas para la construcción de un futuro diferente.

Me gustaría finalizar rescatando una definición que Walter Benjamin expuso en sus tesis sobre la tarea del escritor: “La obra es la mascarilla mortuoria de la concepción”. [182] Con esa breve

frase, aforística, el filósofo alemán expresaba de manera poética y certera la constatación de que la finalización de una tarea intelectual suponía, en ese mismo acto, la oclusión de la intuición inicial de su itinerario. Llegados a esta instancia, este libro no pretende ser, sin embargo, la clausura magistral de una serie de sospechas originales sino, apenas, un impulso inicial que ayude a despertar más intuiciones y que estimule aún más indagaciones sobre Rusia, más allá del resultado de sus incursiones bélicas o de las oscilaciones de sus coyunturas políticas. Si se encaran con honestidad y coraje, esas tareas no solo pueden ayudarnos a tener una idea más acabada y precisa sobre lo que ese notable país conocido como Rusia representa y encarna sino, sobre todo, nos va a permitir conocernos mejor a nosotros mismos.

■

[170] Ver <n9.cl/qkotw>.

[171] “Marcha atrás en Italia con la censura a Dostoievski por la invasión de Rusia a Ucrania”, Página/12, 3/3/2022, <n9.cl/91mob>.

[172] “Ukraine: Cardiff Orchestra Pulls Tchaikovsky Music over War”, BBC, 9/3/2022, <n9.cl/r2zxk>.

[173] Ver <n9.cl/6cebv>.

[174] “Una heladería cordobesa suspende un gusto de helado por la guerra en Ucrania”, La Nación, 28/2/2022, <n9.cl/vsk1e>.

[175] “Córdoba: un restaurante eliminó la ‘ensalada rusa’ en rechazo a la guerra en Ucrania”, Perfil, 2/3/2022, <n9.cl/y9p65>.

[176] Mijaíl Bajtín, “Respuesta a la pregunta hecha por la revista Novy Mir”, en Estética de la creación verbal, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 351.

[177] Ibíd., p. 352.

[178] Ver Cristina Dunaeva y Fernando Bomfim Mariana, “Breve

esboço sobre a arte antimilitarista na Rússia contemporânea”, en Bruno Gomide y Neide Jallageas (orgs.), Rússia Ucrânia 2022. Ensaíos sobre a guerra, San Pablo, Kinoruss, 2022, pp. 171-198.

[179] Enzo Traverso, “Historizando el comunismo”, en Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.), 1917, la Revolución Rusa cien años después, Madrid, Akal, 2017, p. 617.

[180] Daniel Melero y Mariano Vespa, Incierto y sinuoso. Una autobiografía, Buenos Aires, Caja Negra, 2024, p. 67.

[181] Traverso, “Historizando el comunismo”, cit., pp. 633-634.

[182] Walter Benjamin, “¡Prohibido fijar carteles!”, en Calle de mano única, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2014, p. 71.

Agradecimientos

Agradezco a Carlos Díaz, por haber confiado en este libro, y a Vera Carnovale, no solo por su impulso inicial para publicarlo sino también por honrarme con su amistad y con la lectura sagaz de todo el texto. A Ana Galdeano –editora de lujo–, por su atenta y finísima tarea. A Luciano Padilla López y Natalia Leiderman, por sus minuciosas y muy acertadas correcciones. Un caluroso agradecimiento va hacia quienes leyeron fragmentos o todo el libro y me sugirieron ideas para enriquecerlo: Inés Yujnovsky, José Fernández Vega, Pablo Stefanoni y Claudio Ingerflom. Finalmente, agradezco a quienes me ayudaron a pensar qué hacer con Rusia hoy en diversos momentos de la escritura: Luciana Gallo, Gabriela Novion, Ana Trucco Dalmas, Noelia Comís, Alejandro Margetic, Ezequiel Sirlin y Paulo Albanese. Mis padres, hermanos, cuñadas y sobrinos se llevan un agradecimiento especial por su amorosa compañía durante todo este tiempo.

Bibliografía

Adamovsky, Ezequiel, “Russian Culture under the French Gaze: Stigma, Civilization, and Violence (Hypotheses for a non-Eurocentric Account of Some Aspects of Russia’s Intellectual Tradition)”, en Douglas Clayton (ed.), *La Russie et le monde francophone*, Ottawa, Université d’Ottawa, 2007, pp. 115-137.

—, “Mitos y realidades de la Revolución Rusa”, en Ezequiel Adamovsky, Martín Baña y Pablo Fontana (comps.), *Octubre rojo. La Revolución Rusa noventa años después*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2008.

—, *Del antiperonismo al individualismo autoritario. Ensayos e intervenciones (2015-2023)*, San Martín, Unsam, 2023.

Aleksiévich, Svetlana, *El fin del “Homo sovieticus”*, Barcelona, Acantilado, 2022.

Amuchástegui, Irene, Agustín Magaldi. *La biografía*, Buenos Aires, Aguilar, 1998.

Anderson, Perry, “Rusia inconmensurable”, *New Left Review*, 94, septiembre-octubre de 2015, pp. 7-48.

Ayoub, Joey, Dana El Kurd, Leila Al-Shami y Romeo Kokriatski, “Vzgliad na antiimperializm s periferii”, *Posle*, 17/8/2024, <n9.cl/gm55k>.

Bajtín, Mijaíl, “Respuesta a la pregunta hecha por la revista Novy Mir”, en *Estética de la creación verbal*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 346-353.

Baña, Martín, *Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin*, Buenos Aires, Crítica, 2021.

Barker, Adele Marie (ed.), *Consuming Russia. Popular Culture, Sex, and Society since Gorbachev*, Durham, Duke University Press, 1999.

Bartolucci, Mónica Inés, “La emoción místico-patriótica de derechas e izquierdas revolucionarias. Memorias y discursos de Juan Francisco Guevara y Raimundo Ongaro, 1970”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 20(1), 2020.

Beissinger, Mark y Stephen Kotkin (eds.), *Historical Legacies of Communism in Russia and Eastern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

Benjamin, Walter, “¡Prohibido fijar carteles!”, en *Calle de mano única*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2014.

Bjerg, María, “Una genealogía de la historia de las emociones”, en *Quinto Sol. Revista de Historia*, 23(1), 2019, pp. 1-20.

Bjerg, María y Sandra Gayol, “Presentación Dossier: ‘Historia de las Emociones y Emociones con historia’”, en Anuario del Instituto de Historia Argentina, 20(1), 2020.

Boele, Otto, Boris Noordenbos y Ksenia Robbe (eds.), Post-Soviet Nostalgia. Confronting the Empire’s Legacy, Nueva York, Routledge, 2020.

Bohoslavsky, Ernesto y Marina Franco, Fantasma rojos. El anticomunismo en la Argentina del siglo XX, San Martín, Unsam, 2024.

Boym, Svetlana, El futuro de la nostalgia, Madrid, Antonio Machado, 2001.

Braillard, Philippe y Pierre de Senarclens, El imperialismo, Buenos Aires, FCE, 1989.

Brooke, Caroline, “Changing Identities: The Russian and Soviet National Anthems”, Slavonica, 13(1), 2007, pp. 27-38.

Budraitskis, Ilyá, Dissidenty Sredi Dissidentov, Moscú, Svobodnoe marksistskoe izdatelstvo, 2017.

—, “Contradictions in Russian Cultural Politics. Conservatism as an Instrument of Neoliberalism”, LeftEast, 12/9/2017, <n9.cl/epddm>.

—, Mir, kotory postroil Huntington i v kotorom zhiviom vse my. Paradoksy konservativnogo povorota v Rossii, Moscú, Izdatelstvo

knizhnovo magazina “Tsiolkovsky”, 2020.

—, *Dissidents among Dissidents. Ideology, Politics, and the Left in Post-Soviet Russia*, Londres, Verso, 2022.

—, “Putinism kak fashism. Pochemu i dlia chevo neobjodimo skazat eto sevodnia”, Syg.ma, 4/10/2022, <n9.cl/mti5v1 > .

Burbank, Jane, Mark von Hagen y Anatoly Remnev, *Russian Empire. Space, People, Power, 1700-1930*, Bloomington - Indianápolis, Indiana University Press, 2007.

Burucúa, José Emilio, *Cartas berlinesas II*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2017.

Bushkovitch, Paul, *Historia de Rusia*, Madrid, Akal, 2013.

Carnovale, Vera, “¿Qué es esto? A 30 años de 1983”, *Políticas de la Memoria*, 23, 2023, pp. 3-5.

Carrère d’Encausse, Hélène, *Lenin*, Buenos Aires, FCE, 1999.

Chernyshevsky, Nikolay, *¿Qué hacer? Relatos sobre la gente nueva*, Moscú, Editorial en Lenguas Extranjeras, s.f.

Da Empoli, Giuliano, *El mago del Kremlin*, Buenos Aires, Seix Barral, 2023.

Derluguian, Georgi e Immanuel Wallerstein, “De Iván el Terrible a Vladímir Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo”, Nueva Sociedad, 253, 2014, pp. 44-71.

Deschepper, Julie, Antony Kalashnikov y Federica Rossi (eds.), Time and Material Culture. Rethinking Soviet Temporalities, Londres, Routledge, 2025.

Dunaeva, Cristina y Fernando Bomfim Mariana, “Breve esboço sobre a arte antimilitarista na Rússia contemporânea”, en Bruno Gomide y Neide Jallageas (orgs.), Rússia Ucrânia 2022. Ensaaios sobre a guerra, San Pablo, Kinoruss, 2022, pp. 171-198.

Fleury, Cynthia, Aquí yace la amargura, Buenos Aires, Siglo XXI, 2024.

—, “Nuestra era de feroz resentimiento”, Revista Ñ, 1076, 11/5/2024.

Gippius, Evgueny, “Iz istorii narodnyj pesen ‘Ey, ujnem’ i ‘Dubinushka’”, Muzikalnaia Akademia, 9(178), 1953, pp. 53-61.

Goering, Laura, “Marketing Soviet Nostalgia”, Gastronomica, 17(4), 2017, pp. 88-101.

Golosov, Grigori, Politicheskie rezhimy i transformatsii. Rossia v sravnitelnoy perspektive, Moscú, Vebkniga, 2024.

Gorodetsky, Gabriel, *Grand Delusion. Stalin and the German Invasion of Russia*, New Haven, Yale University Press, 1999.

Grigas, Agnia, *Beyond Crimea. The New Russian Empire*, New Haven, Yale University Press, 2016.

Groppo, Bruno, “Los problemas no resueltos de la memoria rusa”, en *Nueva Sociedad*, 253, 2014, pp. 89-104.

Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2001.

Hoyer, Katja, *Beyond the Wall. East Germany, 1949-1990*, Londres, Allen Lane, 2023.

Ingerflom, Claudio, *El zar soy yo. La impostura permanente desde Iván el Terrible hasta Vladímir Putin*, Madrid, Guillermo Escolar, 2017.

—, *El dominio del amo. El Estado ruso, la guerra con Ucrania y el nuevo orden mundial*, Buenos Aires, FCE, 2022.

Jacobson, Jon, *When the Soviet Union Entered World Politics*, Berkeley, University of California Press, 1994.

Jangfeldt, Bengt, *La idea de Rusia*, Madrid, Alianza, 2024.

Kagarlitsky, Boris, *Empire of the Periphery. Russia and the World*

System, Londres, Pluto, 2008.

—, *From Empires to Imperialism. The State and the Rise of Bourgeois Civilization*, Nueva York, Routledge, 2014.

Kalinina, Ekaterina, *Mediated Post-Soviet Nostalgia*, Estocolmo, Elanders, 2014.

Kappeler, Andreas, *The Russian Empire. A Multiethnic History*, Nueva York, Routledge, 2001.

Karush, Matthew, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013.

Kassymbekova, Botakoz, “How Western Scholars overlooked Russian Imperialism”, *Aljazeera.com*, 24/1/2023, <n9.cl/pkgo6>.

Kassymbekova, Botakoz y Marlene Laruelle, “The End of Russia’s Imperial Innocence”, *Rusia.Post*, 25/5/2022, <n9.cl/6ra90>.

Kelly, Catriona y David Shepherd (eds.), *Constructing Russian Culture in the Age of Revolution: 1881-1940*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

—, *Russian Cultural Studies. An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

Kirasirova, Masha, *The Eastern International. Arabs, Central Asians, and Jews in the Soviet Union’s Anticolonial Empire*, Oxford, Oxford

University Press, 2024.

Klein, Naomi, La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre, Barcelona, Paidós, 2007.

Kropivnitsky, Anatoly, “Putinskaia Rossiia i periferiyny imperializm”, Posle, 20/12/2024, <n9.cl/aj4tm>.

Kropotkin, Piotr, Chto delat? (k molodiozhi), Rostov del Don, Donskaia rech, 1906.

Kotz, David y Fred Weir, Russia’s Path from Gorbachev to Putin. The Demise of the Soviet System and the New Russia, Nueva York, Routledge, 2007.

LeDonne, John, Absolutism and Ruling Class. The Formation of the Russian Political Order, 1700-1825, Oxford, Oxford University Press, 1991.

Lee Myers, Steven, El nuevo zar. Ascenso y dominio de Vladimir Putin, Buenos Aires, Ariel, 2017.

Lenin, V. I., “¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento”, en Obras escogidas en 3 tomos, Moscú, Editorial en Lenguas Extranjeras, s.f., t. 1, pp. 123-290.

—, “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, en Obras escogidas en 3 tomos, Moscú, Editorial en Lenguas Extranjeras, s.f.,

t. 1, pp. 719-834.

—, “La guerra y la socialdemocracia rusa”, en *Obras escogidas en 3 tomos*, Moscú, Editorial en Lenguas Extranjeras, s.f., t. 1, pp. 701-709.

Lebow, Richard Ned, “Social Science, History, and the Cold War: Pushing the Conceptual Envelope”, en Odd Arne Westad (ed.), *Reviewing the Cold War. Approaches, Interpretations, Theories*, Londres, Routledge, 2000, pp. 103-125.

Lomónaco de Fionda, Nélica, Agustín Magaldi. *Su alma hecha canción*, Buenos Aires, Corregidor, 2009.

López Cantera, Mercedes, *Entre la reacción y la contrarrevolución. Orígenes del anticomunismo en Argentina (1917-1943)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2023.

Maes, Francis, *A History of Russian Music. From Kamarinskaya to Babi Yar*, Berkeley, University of California Press, 2002.

Matos Franco, Rainer, *Limbo rojizos. La nostalgia por el socialismo en Rusia y el mundo poscomunista*, México, El Colegio de México, 2018.

Matveev, Ilya, “Russia, Inc.”, openDemocracy, 16/3/2016, <n9.cl/d01xw>.

—, “The War in Ukraine and Russian Capital: From Military-economic to Full Military Imperialism”, en AA.VV., *The War in*

Ukraine and the Question of Internationalism, Londres, Alameda Institute, 2023, pp. 24-32.

McGlynn, Jade, Memory Makers. The Politics of the Past in Putin's Russia, Londres, Bloomsbury, 2023.

Melero, Daniel y Mariano Vespa, Incierto y sinuoso. Una autobiografía, Buenos Aires, Caja Negra, 2024.

Medvedev, Kirill, Sasha Davidova e Ilyá Budraitskis, “Sotsializm zapreshchaetsia?”, Posle, 1º/5/2024, <n9.cl/r9tyea>.

May, Rachel, The Translator in the Text. On Reading Russian Literature in English, Evanston, Northwestern University Press, 1994.

Mendívil, Julio, En contra de la música. Herramientas para pensar, comprender y vivir las músicas, Buenos Aires, Gourmet Musical, 2016.

Nicolosi, Riccardo, “Paranoia, Resentment, and Reenactment: The Russian Political Discourse on the War in Ukraine”, Ab Imperio, 3, 2022, pp. 257-261.

Oushakine, Serguei Alex, “‘We’re Nostalgic but We’re Not Crazy’: Retrofitting the Past in Russia”, The Russian Review, 66(3), 2007, pp. 451-482.

Pampller, Jan, *The History of Emotions. An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2021.

Perekhoda, Hanna, “When the Bolsheviks Created a Soviet Republic in the Donbas”, *Jacobin*, 22/3/2022, <n9.cl/9kb04>.

—, “The 19th Century Origins of Russia’s Fixation on Ukraine: Strengthening Global Influence and Securing Domestic Stability”, *Russian History*, 50, 2023, pp. 286-311.

Pop-Eleches, Grigore y Joshua A. Tucker, *Communism’s Shadow. Historical Legacies and Contemporary Political Attitudes*, Princeton, Princeton University Press, 2017.

Pujol, Sergio, *Discépolo. Una biografía argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1996.

Radchenko, Sergey, *To Run the World. The Kremlin’s Cold War Bid for Global Power*, Cambridge, Cambridge University Press, 2024.

Romaniello, Matthew P., *Enterprising Empires. Russia and Britain in Eighteenth-Century Eurasia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019.

Rubel, Maximilien, “Carlos Marx ¿autor maldito en la URSS?”, en *Karl Marx y Friedrich Engels, Marx y Engels contra Rusia*, Buenos Aires, Libera, 1965, pp. 9-32.

Sáenz Rotko, José Manuel y Carlos Sanz Díaz, “Revisiting Cold War Concepts and Interpretations: The State of the Art Among the Echoes of a New Cold War”, *Varia Historia*, 38(78), 2022, pp. 971-1004.

Salas, Horacio, *El tango*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Sanchez-Sibony, Oscar, *Red Globalization. The Political Economy of the Soviet Cold War from Stalin to Khrushchev*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

Satter, David, *It Was a Long Time Ago, and It Never Happened Anyway. Russia and the Communist Past*, New Haven, Yale University Press, 2012.

Shields Kollmann, Nancy, *The Russian Empire, 1450-1801*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

Stefanoni, Pablo, “Contra la izquierda ‘tanquista’”, *elDiarioAR*, 6/3/2022, <n9.cl/mh808>.

Taruskin, Richard, *Defining Russia Musically. Historical and Hermeneutical Essays*, Princeton, Princeton University Press, 1997.

Todorova, Maria y Zsuzsa Gille (eds.), *Post-Communist Nostalgia*, Nueva York, Berghahn, 2010.

Tolstoy, Lev, “Tak chto zhe nam delat”, en Polnoe sobranie sochinenii, Moscú, Judozhestvennaia literatura, t. 25, 1937, pp. 182-411 [ed. cast.: Conde León Tolstoy, Lo que debe hacerse, Barcelona, “Hispania”, s.f.].

Traverso, Enzo, “Historizando el comunismo”, en Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.), 1917, la Revolución Rusa cien años después, Madrid, Akal, 2017, pp. 613-634.

—, Las nuevas caras de la derecha, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

Traverso, Enzo e Ilyá Budraitskis, “Globalnypost-fashism i voina v Ukraine”, Posle, 18/5/2023, <n9.cl/ea9jrk>.

Vilela Vilara, Karina, “Circuladô de fudô: Maiakóvski no imaginário da música popular brasileira e suas implicações tradutórias”, en Actas de la Cuarta Jornada Internacional de Estudios Eslavos, Buenos Aires, 2024, pp. 30-36.

Wallerstein, Immanuel, El capitalismo histórico, México, Siglo XXI, 1983.

Westad, Odd Arne, La Guerra Fría. Una historia mundial, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.

Wijermars, Mariëlle, Memory Politics in Contemporary Russia. Television, Cinema and the State, Nueva York, Routledge, 2019.

Yurchak, Alexei, Todo era para siempre hasta que dejó de existir. Cómo vivía, qué creaba, de qué se reía y con qué soñaba la última generación soviética, Buenos Aires, Siglo XXI, 2024.

Zhuravlev, Oleg M. e Ilyá A. Matveev, “Gosudarstvenny kapitalism v Rossii: sostoianie issledovany (chast 2)”, Evrazyskaia Integratsiia: ekonomika, pravo, politika, 16(3), 2022, pp. 47-57.

